

LA EXPERIENCIA FASCISTA.

Doctrina, vivencia y proyecto contrarrevolucionarios en España y en la Europa de la crisis de mitad de siglo.

(Comentarios al hilo de un artículo de Miguel Angel del Arco Blanco)

Las sugerencias de un artículo: las motivaciones del personal político y el carácter del régimen.

En el número de la revista *Rúbrica Contemporània*, del departamento de historia moderna y contemporánea de la UAB, correspondiente al mes de junio de 2014, se publica un interesante dossier sobre “Fascismo y participación política en la España de Franco”, coordinado por Miguel Angel Ruiz Carnicer, en el que colaboran algunos amigos que, como él, son miembros del SIdIF. Entre las diversas aportaciones que se hacen en este cuaderno, se encuentra el artículo del también amigo y miembro del Seminario Miguel Angel del Arco Blanco, “¿Fascismo en las instituciones del *Nuevo Estado*? Personal político, cultura política y participación en el franquismo, 1936-1951”. Su lectura me ha sugerido la posibilidad de realizar algunas reflexiones. Se refieren a aspectos que, sin duda, desbordan el punto en que el profesor del Arco ha deseado centrarse en un análisis de una cuestión concreta –el carácter político e ideológico de los cuadros municipales y provinciales del Estado del 18 de Julio-. Pero su ensayo va acompañado de consideraciones generales acerca del Nuevo Estado y el fascismo, lo que atestigua algo que cualquier trabajo con ambición intelectual debe proporcionarnos. Y no es esto la mera descripción de evidencias, sino el esfuerzo por dar sentido a un proceso histórico cuyo carácter atraviesa el asunto aparentemente fragmentario con el que nos enfrentamos. De un modo explícito, Miguel Angel del Arco lo ha hecho de este modo, al señalar que sus consideraciones acerca del personal político del régimen solo pueden tener una utilidad propiamente histórica si sirve para la clarificación de algo que me resisto a llamar la “naturaleza del franquismo”, y prefiero presentar como el intento de establecer el lugar de la experiencia española de los años de crisis de mitad de siglo en una perspectiva adecuada. Tal asunto no es solo muestra de la voluntad de hacer historia comparada, sino de estudiar el caso español en una perspectiva europea, y la cuestión del fascismo en un punto de vista que considere también las características de esta cultura política.

Podrá verse de inmediato que estas notas no tienen el formato de un artículo o de un ensayo para su publicación, y por ello no se ha realizado la tarea de acumular notas a pie de página, estados de la cuestión sobre cada uno de los temas que se tocan, a justificaciones documentales que desbordarían las intenciones de este trabajo. Debe verse, más bien, como lo que es: unas consideraciones a bote pronto, escritas sin ánimo de cerrar un debate, sino con la intención de abrirlo, precisamente para evitar que algunas de las cosas en las que voy a demostrar mi desacuerdo con Miguel Angel del Arco, puedan plantearse como un asunto en el que ya hay posición tomada y acabada. No creo que él lo haya querido plantear de este modo, desde luego. Pero, por el modo el que plantea algunos aspectos centrales de lo que son

discrepancias profundas, podría pensarse que su desacuerdo se refiere solamente a quienes, por ejemplo, defienden la inexistencia de una ruptura de personal político en la guerra civil o en la inmediata posguerra, o a quienes asignan una función secundaria o insignificante al Partido Unico. A estas posiciones ha respondido el profesor del Arco con argumentos y documentación. A las cuestiones que difieren de lo que otros afirmamos, en especial al carácter fascista del partido y del régimen, a la guerra civil como proceso constituyente del fascismo, o a la distinción entre nacionalismo reaccionario y fascismo en España, el autor se ha referido solamente mediante una enunciación de afirmaciones que no se presentan como polémicas, sino que se dan como opinión ya asentada, como hecho consumado, como canon historiográfico. Quizás haber explicitado con mayor énfasis y espacio tales discrepancias habría ido mucho más allá, o en una dirección opuesta a lo que trataba de indicar Miguel Angel del Arco en su texto. Por tanto, nadie entiende aquí que haya dejado de tener en cuenta esa pluralidad de posiciones. Lo que ocurre, sencillamente, es que no las ha discutido, como sí ha hecho –y, desde luego, hay que agradecersele–, con quienes plantean aspectos del Nuevo Estado o del propio carácter de la guerra civil que se encuentran en las antípodas de lo que pensamos Miguel Angel del Arco y yo.

Sentar, en primer lugar, esos puntos de acuerdo, que nos sitúan a ambos –y a todos los miembros del SIdIF– muy lejos de lo que se plantea en un sector de la historiografía española es indispensable. Porque es ese acuerdo, precisamente, el que hace útil señalar las discrepancias, no al contrario. Sería extraño empezar por señalar que tenemos diferencias notables en el modo de insertar la experiencia fascista española en el marco de lo que fue el fascismo como organización de la contrarrevolución europea de la primera mitad del siglo XX, para acabar indicando que estamos de acuerdo en que un partido cuya identificación nos separa dispuso de un poder más amplio que el que se adjudica; o que un personal político cuya calidad ideológica nos distancia no fue un cínico portador de vacuidad y oportunismo, sino un conjunto de vivencias personales cargadas de sinceridad y de adhesión a unos valores; o que un Estado cuya naturaleza no compartimos fue fundado en una ruptura radical que fue la iniciada el 18 de julio de 1936, creando un espacio mítico y real que propició el recambio de las instituciones y el establecimiento de un nuevo régimen y una nueva cultura política. Como si estuviéramos de acuerdo en lo secundario y nos alejara lo fundamental.

Acuerdos y discrepancias: la experiencia española en la época del fascismo

El silencio de Miguel Angel del Arco sobre esas otras posiciones acerca del fascismo español, como las mías o las de otros colegas cuyo trabajo conoce muy de cerca, solo puede deberse a que ha considerado que era innecesario o sobrante entrar en ese debate, como si las posiciones estuvieran ya asentadas en una actitud inamovible o, lo que creo que es peor, y por ello me he apresurado a escribir estas notas, porque cree que quienes consideramos que lo que se da en la España de los años de la guerra civil y la posguerra inmediata es fascismo lo hacemos desde un tipo de planteamientos que se apartan de sus posiciones hasta el punto de que los acuerdos pasan a ser, finalmente, algo secundario.

No se crea que veo en ello una falta de pulcritud o un desaire académico, sino precisamente lo contrario: el deseo de no entrar en un conflicto sobre aspectos en los que

nuestras posiciones distintas podrían evitar nuestro fructífero trabajo en común. Pero este solo puede realizarse sin esquivarlas, precisamente para resguardar aquellas cuestiones sobre la que mantenemos posiciones similares, frente a quienes –ellos y ellas sí- acabarían por reducir la experiencia del fascismo español a una anécdota sin importancia o que pasarían a calificar la guerra civil como mera oportunidad de restauración, una especie de prórroga de la Dictadura de Primo de Rivera o de gran revancha de quienes fueron desplazados de sus espacios de poder social y político por la II República. Por ese acuerdo acerca de la ruptura que significa la guerra civil, por esa misma percepción de su carácter de proceso constituyente de un nuevo orden, creo que nuestra discrepancia sobre el fascismo debe ser resaltada, no para indicarla como obstáculo, sino para ponerla a la vista, con sus argumentos, con su lógica, con su interpretación de un asunto tan complejo. Para darles vida, haciendo de ese debate la posibilidad de un encuentro entre quienes consideramos la radicalidad fundacional del 18 de julio. Y que estamos obligados a debatir sobre el modo en que ese aspecto fundamental se coloca en una experiencia europea que los contemporáneos contemplaron refiriéndose a una misma cosa, a un mismo proceso, cuya variedad y heterogeneidad lo complican, pero no lo disuelven.

El punto de acuerdo sobre la importancia del Partido en la construcción del nuevo régimen no es un acuerdo menor, desde luego. Nos permite defender una visión del franquismo que evita la caída en esas visiones blandas del régimen, que tendían a establecer una mera restauración de un personal que se limita a recuperar el poder perdido en 1931 o, peor aún, que planteaban la inexistencia de una cultura política franquista, para entender que nos encontrábamos ante una experiencia caracterizada precisamente por un no-ser ideológico, una coordinación de intereses sin creencias, un acuerdo de ambiciones sociales sin convicciones políticas. En este sentido, la labor realizada con una perspectiva que devuelve ese encaje entre lo social, lo político y lo ideológico al franquismo tiene un valor que hay que subrayar, porque los riesgos de “desaparición” no solo del fascismo en España, sino incluso del franquismo como proyecto al que se adherían personas que tenían una ideología compartida, era muy grave. Y lo bastante grave para que se implantara una peligrosa visión de vacuidad, de parafernalia hueca, de retórica sin principios, de meras maniobras restauracionistas con escenificaciones cínicas que estaban demasiado cerca de liquidar la historia política del franquismo, sustituyéndola por una crónica administrativa.

Nuestra discrepancia se halla en saber si el régimen y el partido –las dos cosas- que se forjaron en la guerra civil pueden ser considerados fascistas. Y creo que esa divergencia no puede radicar –por lo menos no puede radicar *solamente*- en nuestra apreciación sobre la trayectoria del movimiento del 18 de julio, en especial si consideramos la importancia de la fractura histórica que éste supuso y la carencia de toda virtud “reaccionaria” –en el sentido de restauracionista- de la guerra civil y del Nuevo Estado. Lo que nos separa se encuentra en todo aquello que se refiere a lo que Miguel Angel del Arco no deja de afirmar como un elemento vertebrador de su reflexión: que el falangismo formado en la guerra no se planteó la realización del fascismo y que, si lo he entendido bien, ya no puede ser caracterizado como fascista en su totalidad. La militancia en FET y el llamarse joseantoniano, nacionalsindicalista o incluso falangista no asegura que quienes lo hacen sean exactamente fascistas. O, para decirlo del modo en que el propio profesor del Arco lo sostiene, un modo que creo desafortunado por contravenir sus propias afirmaciones acerca de la inexistencia del “fascismo genérico”, que los

falangistas no se propusieron, en su mayoría, realizar una “revolución puramente fascista”. Desafortunado, sí, pero no accidental, porque, como habremos de ver más adelante con más detalle, se comparten aquí dos factores siempre mezclados: que existe una forma pura del fascismo incluso en su circunstancia histórica, y que esta forma se caracteriza fundamentalmente por ser “revolucionaria”.

Es decir, que o bien nos hallamos frente a quienes, por no ser fascistas, no se hallan frente a frustración revolucionaria alguna, o frente a quienes, siéndolo, se encuentran en una posición de debilidad que les impide llevar adelante sus objetivos, llegando a una renuncia –lo que Miguel Angel del Arco propone, por ejemplo, en lo que se refiere al totalitarismo- que acaba metabolizándose como circunstancia política insuperable, como necesidad de la que se hace virtud. La nuestra no es una discrepancia sobre la presencia o no del falangismo en la España de la guerra o la posguerra; sobre la insignificancia o irrelevancia del partido que otros han defendido para caracterizar los primeros pasos de la dictadura; sobre la ausencia de lealtad a unos principios políticos que, naturalmente, encontraron en la puesta a prueba de la guerra civil un acontecimiento fundacional, convertido en algo más que un recurso simbólico, para ser verdadero mito vivido como experiencia de identificación real. Un acontecimiento que, habiendo sucedido, habiendo atravesado la vida de las personas y formado su conciencia, se convirtió también en recurso cohesionador del personal político del régimen y, hay que decirlo, de la propia legitimación del régimen con respecto al conjunto de los españoles que simpatizaban con la victoria, fuera cual fuera su implicación en la militancia política.

Parece obvio que tenemos que referirnos a la famosa “naturaleza del régimen”. Pero buscándola en lo que, sin agotar el tema, más nos interesa aquí: las causas de la incorporación a Falange de sus militantes, de la adhesión a la Cruzada, del depósito de principios, ideas y creencias que los adictos al régimen establecen en su comportamiento político e incluso en la ordenación de sus valores en la vida social. Y, en el momento en que tratamos de relacionar todo este complejo mundo - espacios de poder, de mitos, de doctrina, de justificaciones, de organización de la propia existencia en el seno de un proyecto nacional y de la legitimación del régimen en una supervivencia que no es mera inercia continuista de una autoridad victoriosa- con el fascismo; en el momento en que distinguimos entre la forma en que ese complejo se articula en España y se constituye en Alemania e Italia, para decir que lo que ocurre aquí no es de la misma naturaleza que lo que se da en las experiencias *realmente* fascistas –es decir, verdaderamente e históricamente fascistas-, tocamos el punto central de nuestra diferencia. Por tanto, como siempre, todo debate sobre el franquismo es un debate acerca del fascismo. Incluso cuando ni siquiera se menciona la cuestión, porque implica siempre, en una aproximación a la experiencia concreta de quienes optaron por una u otra militancia a lo largo de la II República, a lo largo de la guerra y a lo largo de la posguerra –y siempre atendiendo a las diversas fases de cada uno de estos episodios-, la inclusión de estas decisiones individuales en un proyecto colectivo, que no es ajeno nunca, ni siquiera en la percepción de los contemporáneos, a lo que está sucediendo en Europa en los años treinta y cuarenta.

Las insuficiencias y la necesidad del fascismo como concepto: contra el “fascismo genérico”

Este debate acerca del fascismo está cargado de riesgos de especulación en el vacío, de tentaciones de conceptualización hipertrofiada, de depuración de experiencias y de peligro de forzados ajustes de ortopedia. Pero reconozcamos que forzar la talla del fascismo español para que se ajuste o no al fascismo “propriadamente dicho” no se produce exclusivamente a manos de quienes hacen del nacionalsindicalismo y del franquismo la forma española del fascismo, sino en todos aquellos que, en un nivel u otro, lo niegan. Por otro lado, los peligros que conlleva ese debate —y cuya expresión más clara es que algunos de los textos que hablan del “fascismo genérico” nos ofrecen graves deficiencias en el análisis concreto no solo de los elementos sociales, económicos o políticos, sino incluso discursivos— no pueden esquivarse cuando lo que se hace es afirmar que la tesis que se defiende es que ni el régimen ni el partido único son fascistas. Porque el carácter de esta discusión, insisto en ello, no se refiere a la experiencia española de los años treinta y cuarenta. Estamos ante la toma de sentido pleno de esta experiencia por su inserción en la crisis europea que siguió a la Gran Guerra: es decir, estamos ante la época del fascismo...y del antifascismo. Esta inserción puede hacerse, con toda legitimidad, señalando que lo que ocurre en España transita por caminos que no pueden identificarse, aunque si emparentarse de forma lejana, con lo que está sucediendo en las experiencias que se reconocen como fascistas.

Pero, sea cual sea la posición de afirmación o negación, no podemos escapar a la necesidad de dar a lo local y lo nacional un sentido contemporáneo que le da plena significación y comprensión. El fascismo fue un rasgo de época. Y ello en su sentido más fuerte: nació, vivió y tuvo virtud aglutinadora de masas, capacidad representativa de la contrarrevolución europea en su conjunto— en los años de entreguerras. Y careció de la congruencia indispensable con las sociedades de la posguerra para poder convertirse en una posibilidad política, siendo capaz de volver a movilizar bajo sus banderas a una mayoría social de las clases medias, como se hizo antes de 1945. Hubo una época del fascismo y una época de desfascitización, en la que quienes continuaban considerándose herederos de aquella cultura política pasaron a situarse en el marco de la posguerra de un modo distinto. No lo hicieron asumiendo el antifascismo, como a veces se ha planteado alegremente al referirse a los rituales identitarios de formaciones como la DC italiana. Pero tampoco, en lo que atañe a un MSI que planteaba abiertamente una herencia mussoliniana, manteniendo las posiciones de ambigüedad revolucionaria que podemos ver en el fascismo en su época de plenitud y, de hecho, de realización histórica. A esa evolución de los fascistas europeos después del fascismo habré de referirme luego, porque no suele plantearse qué tipo de contemporaneidad se establece entre quienes han compartido proyecto, en España o en Italia, o en Alemania, después de 1945.

No creo que el debate deba centrarse en considerar un repertorio de los factores que delimitan lo que es el “fascismo genérico”. De lo que se trata es de estudiar una experiencia, la española, insertándola en la europea. Entender lo que ocurre incluso cuando examinamos solo lo que acaece en aquellas experiencias que son reconocidas como fascistas por la mayoría de los historiadores. No se trata de meternos ahora en uno de esos conflictos académicos más propios de otras disciplinas, que se caracterizan por huir como de la peste de las experiencias sociales concretas que puedan contaminar la pureza de resultados de una prueba de

laboratorio conceptual. De lo que hablamos es de la inclusión de una experiencia histórica, precisamente, en una que tiene carácter contemporáneo. No se trata de disparar, como en una barraca de feria, con nuestros datos documentales, para ver si acertamos a la diana inmóvil del concepto cuya caída nos va a proporcionar el premio de haber definido un “modelo”. De lo que hablamos es de observar lo que fue el fascismo en Europa con eso que señala Miguel Angel del Arco que debe considerarse en primer lugar: qué llevó a las personas a hacerse del Partido Nazi, o a votarlo previamente, o a simpatizar con las posiciones del régimen mussoliniano, o a manifestar su coincidencia en una serie de valores y principios que situaban a cada individuo en un proyecto general; qué llevó a esa misma experiencia a expresarse como lo que merece considerarse experiencia histórica: vivencia personal incluida en un movimiento colectivo. Vivencia atestiguada por mitos asumidos, creencias compartidas, doctrina estimulante e ideología a la que se debe lealtad. Vivencia que solo se nos presenta como existencia social, como realidad histórica, como espacio público consciente. Vivencia construida en todas partes como un proceso en el que el fascismo se va constituyendo y al que yo he llamado fascistización previa a un fascismo que es resultado como fase final, como momento en que pasa a definir la convergencia de una mayoría social contrarrevolucionaria – no reaccionaria, eso es otra cosa, como veremos-, que deja sus lealtades previas en un momento de gran crisis nacional, para incorporarse a una cultura política que integra a quienes, hasta entonces, han militado, han votado, se han identificado con actitudes diferentes. Lo cual, por otro lado, nunca expresa el carácter monolítico de tales creencias, como no puede hacerlo en ninguna cultura política del siglo XX. Pero que precisa de unos factores comunes que ofrezcan cohesión y sensación razonable de pertenecer a un mismo movimiento.

Tim Mason y el nacionalsocialismo: la vigencia de sus reflexiones acerca de la necesidad y el alcance del concepto de “fascismo”.

La advertencia de Tim Mason y su propio ejemplo como historiador resulta aún incitante. Su “¿Qué se hizo del ‘fascismo’?”, interrumpido por su trágica muerte, se escribió por un profesional de cincuenta años, que llevaba treinta trabajando el nacionalsocialismo con una abrumadora investigación empírica, pero que al final de sus días se dio cuenta, en la Conferencia de Pensilvania sobre el Tercer Reich, de que ninguno de los asistentes había hecho mención al “fascismo alemán”, una terminología que parecía reservada a los historiadores de la República Democrática Alemana. Los participantes en el congreso habían hablado de régimen hitleriano, de biologismo político, de nazismo, de nacionalsocialismo...pero no de fascismo. Y no se trataba de un descuido. Porque, en este caso, deberá recordarse que no es unánime considerar, ni entre historiadores alemanes ni entre quienes no lo son, que nazismo es la variable alemana del fascismo. Por el contrario, son muchos los que han señalado que entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán existen diferencias de naturaleza. Es decir, que el nazismo no es fascismo, sino otra cosa, cuya definición dependerá del punto de vista de los académicos implicados: totalitarismo, régimen caudillista, o en la mayor parte de los casos, un proyecto nacionalista e imperialista de base racial.

Tim Mason se había aventurado muy poco en consideraciones sobre el “fascismo genérico” hasta aquel momento. Su tarea había ido destinada a clarificar la forma en que la burguesía alemana había hecho del nazismo la forma de organizar una respuesta adecuada del capitalismo alemán a la crisis de los años treinta. No había en ello una visión que rebajara el NSDAP a mero instrumento sin significado propio, sino un admirable esfuerzo intelectual para dar consistencia política e ideológica al nacionalsocialismo, convirtiéndolo en un agente preciso de la contrarrevolución, que precisó un nuevo diseño del acuerdo entre el Estado, las clases dominantes y un proyecto político populista e imperialista. El examen de la política social del Tercer Reich, así como de los planteamientos del nazismo en su marcha hacia el poder, estuvieron siempre destinados a analizarlo desde el punto de vista de clase, lo que le llevaba a comprenderlo como una vertiente más de una reacción de la burguesía europea en un momento de crisis social como los años de entreguerras.

En esa perspectiva, a Tim Mason le preocupó menos analizar el “fascismo genérico” que clarificar lo que eran las relaciones sociales en el Tercer Reich. Solo al final de su vida sus circunstancias personales le llevaron a vivir en Italia y, por ello, a reflexionar sobre cuestiones que había examinado en Alemania, en especial, las cuestiones relacionadas con la resistencia obrera al régimen en sus etapas finales. Así comprendía él su labor de historiador, a la que se sumaba ese entrañable compromiso social con su época: un británico nacido en 1940 debía comprender no solo los datos factuales que enhebraban la trayectoria del nacionalsocialismo. Un historiador contemporáneo de la experiencia fascista, y que había sido adiestrado en una universidad de gran prestigio en la necesidad de agotar los elementos empíricos de su investigación, siempre mantuvo a raya cualquier tentación positivista, del mismo modo que despreció –y algún debate estrepitoso dedicó a este aspecto- a quienes hacían afirmaciones que no estaban bien documentadas.

Un tercer adversario de su metodología fue –como había de subrayarlo su célebre confrontación con el profesor Richard Overy- sostener la imposibilidad de estudiar cualquier aspecto del Tercer Reich al margen de sus objetivos últimos exterminacionistas. Es cierto que, en este punto Mason se preocupaba menos de la visión que pudieran tener aquellos contemporáneos –para los que el sistema no tenía por qué acabar en Auschwitz, por lo menos en lo que se refiere a una mayoría de quienes dieron su adhesión al régimen en sus inicios- que del análisis posterior de los historiadores que supieron de qué forma “acabó” aquella historia, algo que explicó de forma tan brillante en su artículo “Ends and beginnings”. Sin embargo, lo que interesaba es que Auschwitz no estaba nunca descartado, era una posibilidad que fue convirtiéndose en probabilidad en el horizonte del régimen y en un proceso de radicalización que encontró en el frente oriental, desde el momento mismo de la invasión de Polonia, un escenario en el que las necesidades del régimen coincidían con la oportunidad brindada a los segmentos más radicales del racismo nazi. Pero importaba señalar que, para todo el movimiento, para toda la población que le daba apoyo, para todos los alemanes que sentían por el régimen, si no entusiasmo sí respeto, esa política de exclusión había formado parte de la manera de entender la reconstrucción de la comunidad en el momento en que debía salvarse la crisis nacional de comienzos de los treinta. Y que, por ello mismo, el nacionalsocialismo pasó a desbordar sus límites iniciales de los espacios *völkisch* en 1929-1930.

La capacidad de integración del nazismo había sido lo que le había hecho pasar de la marginalidad sectaria de los excombatientes de los momentos fundacionales, de las veleidades nacional-revolucionarias de los dirigentes del Norte y el Oeste en 1925, o del nacionalismo antisemita de la segunda mitad de los años veinte, a la construcción de un verdadero partido fascista de masas, lo que había implicado una nueva relación con las clases medias y acabar siendo indispensable en los planes de destrucción de la República para los sectores más reaccionarios de la alta sociedad alemana. En el análisis de ese desarrollo político, pero especialmente en el examen del momento en que el nacionalsocialismo se convirtió en columna vertebral de la contrarrevolución alemana, no podía haber temas que pudieran valorarse al margen de la realidad última de la “solución final”. Más allá de las posiciones del intencionalismo historiográfico, de lo que se trataba era de descubrir la congruencia entre la cohesión comunitaria proporcionada por el nazismo y la función desempeñada por la exclusión racial en la política social del régimen.

No había factor que pudiera ser desvinculado de Auschwitz, como lo pretendió una historiografía funcionalista, que trataba de considerar la existencia de una yuxtaposición de elementos “modernos” y otros “arcaicos” en la política del Tercer Reich. La política de “racionalización industrial” llevada a cabo por el régimen, y que completaba aspectos iniciados en la República de Weimar o incluso en el Kaiserreich, solo podían considerarse “modernos” si el presunto “arcaísmo” de las relaciones laborales o de la política de expropiación racial se incluían en el modelo de una comunidad que superaba sus conflictos internos, precisamente presentándolos como una “patología decadente” de la modernidad, a la que otra modernidad, la verdaderamente alemana, ponía fin. Por tanto, el nazismo desguazaba bases elementales no solo de la civilización liberal o burguesa, sino de cualquier civilización tal y como podíamos aceptarla llegado el siglo XX. Lo cual, evidentemente, no significaba que Mason se dedicara básicamente al sistema concentracionario en sus investigaciones –algo que fue propio de un periodo posterior al momento de su elección de campo de estudio concreto, sino que encontraba en la radicalización del régimen tras la crisis de trabajo de 1938, en la organización de trabajo industrial en 1934, en las posiciones de género o en la “domesticación” de la clase obrera alemana los factores de un problema que había de encontrar respuesta en la “solución final”. Para Mason, que había empezado sus trabajos planteando precisamente un aspecto tan subjetivo como el miedo de los dirigentes nazis a la reiteración de la quiebra de la retaguardia alemana a la manera de 1918, el trabajo de investigación que se había impuesto tenía que dar sentido a la experiencia que culminó en Auschwitz y, por tanto, siempre comprendió como la forma más acabada del fascismo europeo, el que llegó a alcanzar su mejor culminación en la construcción de una cohesión comunitaria y una complicidad amplia con la creación de un Estado imperialista racial en la era industrial, que destinó a millones de seres a la exclusión, a la deportación, a la esclavitud y al exterminio. Mason no podía dejar de ver todo esto como un aspecto de la “guerra civil europea” que se desarrollaría hasta 1945, aunque tampoco pudo llegar a ver el debate sobre una terminología de este tipo abriéndose paso en las discusiones del gremio.

He hecho mención a Mason por tres motivos. De entrada, el más personal, aunque también el más vocacional: no ha dejado de ser fuente de inspiración para mí, ya no por los aspectos del Tercer Reich que me ha permitido comprender, sino por la forma en que cualquier fragmento de realidad pasaba a incluirse en el ámbito que le daba sentido, y que no

era meramente conceptual, sino la experiencia social de conjunto a la que siempre había de referirse el análisis necesariamente parcial del especialista. En segundo lugar, porque creo que, a diferencia de otros, en él encontramos el esfuerzo de conceptualización que nunca se ve obstaculizado, sino justificado, por la inmensa tarea de documentación empírica llevada a cabo. En tercer lugar, porque Mason se planteó el angustioso interrogante sobre la pérdida de valor de una categoría indispensable para la ciencia social en sus años de madurez, como la de fascismo. No hay, por tanto, en las palabras de este historiador, ninguna nostalgia de un concepto-zombie, de una teoría desalmada que ha perdido sus referencias empíricas y su aliento de existencias personales realmente vividas. Lo que hay es el temor a que el “fascismo”, como concepto, desapareciera en favor de un análisis de la experiencia política italiana o alemana del periodo de entreguerras, algo a lo que se sumarían los fragmentos anecdóticos de movimientos similares que tiznaron el paisaje de otros países sin llegar a determinarlo.

Hay una última cuestión, que por derivar de las otras ni siquiera me atrevo a considerar un “cuarto aspecto”: y es que el fracaso de Tim Mason a la hora de comprender la necesidad de mezclar los conceptos de raza y clase, las realidades de política social y política racial, nos muestran dónde latía científicamente el corazón de las cuestiones anteriores. Como historiador formado en los debates de la historiografía británica y alemana de los años sesenta, Mason buscaba una interpretación general del nazismo y, por consiguiente, de una explicación de la experiencia fascista en su conjunto, que permitiera salvar la categoría de clase como elemento útil de la historiografía, sin esquivar la centralidad del racismo en el proyecto nazi. Precisamente ese aspecto racial había provocado que muchos colegas de Mason hicieran del nazismo una experiencia distinta del fascismo. Por ello, eliminar el nazismo de la experiencia fascista era restarle su sustancia de época, su carácter de motor interno de la contrarrevolución general europea, algo que podía entenderse estudiando, como lo hizo Mason, la política social del Tercer Reich. Pero, además, para él, eliminar el nazismo de la experiencia fascista era dar el certificado de defunción a mucho más que a una categoría política. Era arrebatar la historia a quienes sufrieron aquella experiencia, usurparles esa “segunda oportunidad” que la historia nos proporciona no como simple reivindicación de las víctimas, sino como negación del tiempo histórico como mero pasado irredimible. La historia, para Mason, no se presentaba como un homenaje a los vencidos, sino como una restauración de la causa que defendieron, de su colocación en una serie de opciones razonables en su tiempo, que no fueron derrotadas por carecer de congruencia, sino precisamente porque en su derrota se encuentra la caracterización final del fascismo. Un fascismo que, al analizar de este modo a sus víctimas, pasa a adquirir su verdadero y total semblante contrarrevolucionario, no meramente reaccionario en España y “puramente fascista” en Alemania, sino como gran movimiento que implanta un nuevo paradigma social, un nuevo orden político y un nuevo discurso destinado a justificarlo, que corresponde a hacer una “revolución al contrario”, una inmensa y definitiva respuesta al liberalismo y al socialismo que convirtiera en normalidad política los valores de la cultura fascista. No estamos, pues, ante un rescate sentimental de la memoria de las víctimas, sino que en los motivos de su lucha y en la decisión inapelable de aplastarlas, podemos hallar lo que el fascismo es. Y no como mera función social al servicio de la burguesía, sino como inmenso receptor y síntesis de todas las corrientes de la contrarrevolución, que hallan en el fascismo la posibilidad de dar por zanjada

una inmensa desviación de la historia europea iniciada en 1789. Y en pocos lugares, por cierto, esto se expuso de un modo más claro que en una España en la que el 18 de julio se planteó como el año cero de una nueva fase de la historia de España que no se limitaba a rectificar de forma reaccionaria, sino a salvar la nación auténtica embrutecida y apartada de su ser y destino por la “Revolución” iniciada en la Reforma protestante, afirmada en la era de la Ilustración y del liberalismo, y llegada a su paroxismo en la experiencia de la II República. La calidad del elemento a batir, a liquidar, a sacar de la historia, define la calidad del sujeto fascista.

Arrebatarse el nazismo a la experiencia fascista, arrebatárselo a la experiencia histórica.

La crisis de una categoría histórica –que siempre empieza por arrancar su pertinencia en algunos casos- tiene efectos devastadores en la ciencia social, aunque algunos complacientes positivistas no parezcan advertirlo, creyendo que toda conceptualización nos conduce al camino de la abstracción entendida en el peor de sus sentidos: un espacio virtual donde los conceptos solo deben responder a una lógica interna que preserva el orden de sus relaciones, pero no la vinculación orgánica que deben poseer con la realidad. Pero un empirismo chato nos lleva a una forma de abstracción más vaporosa, y mucho más inútil porque ni siquiera se presenta como modelo, sino como una realidad arrogante, una verdad, un hecho ante el que el historiador debe limitarse a tomar acta, un acontecimiento único que se presenta en su propia singularidad como una finalidad en sí misma. Si aceptamos que existe algo llamado fascismo y, a continuación, vamos eliminando, precisamente por un exceso de pureza conceptual, la realidad del fascismo en las experiencias concretas que examinamos, la paradoja no puede ser más cruel desde el punto de vista metodológico. Puesto que al no identificar con el fascismo la mayor parte de las experiencias que se presentaron como tales, sintiéndose parte de ese movimiento que se producía en Europa, reducimos la relación del concepto con la realidad hasta identificarlos solamente en una ocasión –la que nadie niega, que es la del fascismo italiano-. El nazismo –y ahí estaba la preocupación de Mason- ha sido desautorizado como fascismo por historiadores y politólogos de prestigio, desde Sternhell hasta Peukert, desde Felice hasta Burleigh. Y ya hemos visto lo que ha sucedido en Francia con el debate que Michel Dobry ha analizado de forma tan lúcida en un libro acerca del “mito” de la impermeabilidad de la extrema derecha francesa al fascismo. Curiosamente, Sternhell, el que de forma más dura planteó desde el principio la existencia del fascismo francés –e incluso de los orígenes franceses del fascismo, a finales de los años setenta- lo hizo sobre una base interpretativa –el fascismo es la suma del nacionalismo y del socialismo no marxista- que evitaba que el nacionalsocialismo racista se incluyera en esa categoría. Se amplía la extensión del territorio real del fascismo por un lado, mientras se cercena por otro.

Podemos imaginar lo que Mason se temía si el nazismo era eliminado de la experiencia fascista, y si el “fascismo genérico” pasaba a considerarlo algo solo “aproximado”, al ser la cuestión racial un factor central, indispensable, ausente en otros casos, lo cual acababa por invalidarlo y –lo que resultaba aún más penoso- había llegado a separarlo del fascismo para colocarlo en el cómodo cajón del totalitarismo tal y como fue definido en los años de la guerra fría, compartiendo hornacina conceptual con el estalinismo y teniendo en común la lógica del

sistema concentracionario, el poder absoluto y el culto a la personalidad...así como los “orígenes revolucionarios” de ambos sistemas. Hacer que el nacionalsocialismo se encuentre ausente de la experiencia fascista europea puede resultarnos a nosotros una solemne majadería, pero no lo es en debates internacionales a los que no falta rigor, en especial porque esas mismas exigencias descriptivas del fascismo permiten expulsar todo aquello que no cumple con determinados requisitos, o cuyo carácter se encuentra en elementos que tienen mayor importancia identificativa que los se han considerado fundamentales en el fascismo italiano. El racismo –y el fascismo biológico, no las alusiones vagas a la raza desde el punto de vista cultural, tan frecuentes en aquellos años- aparece aquí como un elemento justificador al que se suma la lógica del exterminio, lo que acaba por conducir al nazismo a otra categoría aún más vulnerable: la de los regímenes genocidas.

Arrebatarse el nazismo a la experiencia fascista europea, y desplazarlo hacia el espacio del totalitarismo o de las variables del genocidio en la historia, son dos formas entre otras muchas de su banalización y de nuestro desconocimiento. La equiparación con el estalinismo se realiza, como el propio Mason lo señaló, refiriéndose a dos sociedades que no tienen nada que ver, incluyendo las condiciones de la instauración de su poder político. La equiparación con otros episodios genocidas se hace a costa de la Historia, aunque siempre se proclame como algo hecho en nombre de la Historia precisamente: lo que importa es definir una exclusión y un proyecto de liquidación del diferente, ocurra donde y cuando ocurra. Pero hay otras posibilidades que resultan aún más perturbadoras, porque ni siquiera se plantean la cuestión de la contemporaneidad o de la comparación, en especial porque consideran que la singularidad del nazismo es absoluta. Cierto es que esta reflexión es, por fortuna, minoritaria en el campo de la historiografía profesional, y además se encuentra en franco retroceso. Pero no lo es una divulgación social creciente, en la que la exigencia hipertrofiada de características de una experiencia para considerarla digna de ingresar en el selecto club del “fascismo genérico” se invierte en su contrario. Aparece como experiencia concreta, única, nominalista, en la que ni siquiera el movimiento o el régimen en su conjunto tienen interés, sino que pasan a ser relevantes o de interés solamente episodios, por ejemplo, como los campos de exterminio –ni siquiera todo el sistema concentracionario-, la figura carismática de Hitler, la crueldad de este o aquel grupo concreto para la violencia organizada, la actitud de este o aquel dirigente nacional o local del partido. A la expulsión de la categoría del fascismo, por un exceso de rigor conceptual, sigue la “barra libre” de escoger este o aquel fragmento de la experiencia nazi, como si cada uno de ellos pudiera tener significado en sí mismo, del mismo modo que el nazismo no necesita de la categoría del fascismo para adquirir su pleno significado. El desplazamiento del campo del historiador al de las biografías divulgativas, a las novelas o películas atestadas de elementos compasivos, a un escenario de representación que no ayuda a la reflexión histórica, sino que la sustituye por la fascinación estética, es la última y más penosa estancia en la que se encuentra un nazismo que llega a plantarse, finalmente, como inexplicable, como algo que ni se quiere ni se puede comprender, como un asunto que deja de ser objeto de trabajo para los historiadores, para convertirse en una grandilocuente y vacía advertencia moral o, más bien, como una triste moraleja acotada al final de un cuento tenebroso. Si alguien cree que estoy exagerando, basta con que compruebe hasta qué punto la distancia entre el nacionalsocialismo y su divulgación social es mayor y muy distinta a la que existe en el caso de otros episodios históricos que se consideran indispensables en la

formación de la ciudadanía, como la revolución francesa, la Gran Guerra o los movimientos descolonizadores.

El desplazamiento del nazismo nos resulta, a todos nosotros, tan claramente nocivo, que no le exigimos las condiciones de ingreso en la categoría del fascismo que numerosos historiadores han considerado indispensables. Valoramos ese desplazamiento como la creación de una simple barbarie sin posibilidad de comprensión ni necesidad de estudio – aunque sí de crónica truculenta, en la que se procura huir de la “normalidad” y aislar de su contexto explicativo los actos de mayor violencia, como si al estar en una trayectoria comprensible pudieran perder eficacia conmovedora. Así, se cree que basta con documentar con imágenes o aterradoras estadísticas lo que sucedió en Auschwitz, pero se cree que podemos dejar de lado una “economía política del exterminio” a la que los historiadores alemanes han dedicado su labor en los últimos quince años. Así, se prefiere contemplar las imágenes de la brutalidad empleada contra los judíos en las calles de Berlín en 1935 o 1936, sin definir lo que debe entenderse por violencia política, lo que el antisemitismo implica como factor de cohesión, o sin observar cuál es el ritmo de radicalización del racismo en Alemania. Así, se prefiere observar la magnificencia de los actos organizados por Speer en los congresos de Nuremberg, sin detenerse en las necesarias reflexiones sobre el significado de los rituales de inclusión que complementan la exclusión masiva como la cara y la cruz de una misma moneda. Así, a nadie parece interesar lo menos espectacular, la vida cotidiana bajo, con o junto al nazismo, porque se prefiere disponer de una imagen de sociedad en permanente y ansiosa movilización, lo cual nos ofrece una mirada sobre el III Reich que ha llegado a contaminar también la observación del mundo académico, al confundirlo con una permanente excitación y, de hecho, al atribuirle un carácter que deseó transmitir a través de sus mecanismos de propaganda, que sublimaban antagonismos y resistencias, contradicciones internas del movimiento y del régimen, que han quedado a buen recaudo en una visión que tiende a caracterizar el nazismo no solo como algo “revolucionario”, sino como victorioso en su empresa de homogeneizar la comunidad nacional tal y como lo proponía su propaganda.

Arrebatarse el 18 de julio a la experiencia fascista, arrebatarse el fascismo español a la historia.

Estas reflexiones sobre la importancia que Tim Mason daba a la inclusión del nazismo en una experiencia europea que llamamos fascismo pueden referirse también a España. Porque no hablamos aquí de una minoría de historiadores que consideran que el III Reich fue un sistema atroz, un episodio único, incomparable, irrepetible, salido de las circunstancias muy concretas de la sociedad alemana en una aterradora mezcla de oportunidad política y determinación social y cultural. Estamos ante un rechazo del carácter fascista del movimiento del 18 de julio, del partido único, del Nuevo Estado, que se ha convertido en un hecho consumado, una actitud que ni siquiera precisa de justificación –sustituida por meras enunciaciones axiomáticas-. En la visión de la historiografía extranjera que reflexiona sobre el fascismo, esta actitud se basa en los análisis que realizaron hace ya demasiados años ilustres hispanistas, y que se alimenta así sin necesidad de conocer el idioma español, sin realizar trabajo de campo o sin lecturas siquiera de los documentos del fascismo español en aquellos años. Cuando se leen, además, se hace dando por hecho que hay un consenso ya irrevocable

sobre la no pertenencia de la experiencia española al fascismo europeo. No hay más que observar lo que se escribe en textos colectivos, en los que España tiene una situación marginal o inexistente. O lo que se apunta en libros de un solo autor, en los que se excluye el fascismo español, aceptándose sin discusión que Falange es una anécdota, un episodio marginal, un fascismo frustrado, cuya conversión en organización de masas durante la guerra civil –y antes de la unificación de 1937- pasa a verse como una inclusión en un partido fascista de contingentes no fascistas lo suficientemente amplios como para cambiar la naturaleza del partido. Es decir, que cuando Falange es minoritaria ese carácter permite desdeñarla en el análisis de la confrontación política española, y cuando es mayoritaria solo puede explicarse a causa de la pérdida de su identidad fascista. En uno y otro caso, el fascismo español es históricamente irrelevante.

Podemos señalar, sin necesidad de entrar ahora en estos temas de un modo detallado, que las preocupaciones de Mason podrían aplicarse también al caso español. De entrada, el franquismo y su elemento fundacional, la guerra civil, puede acabar por ser un elemento único en la historia, generador de una barbarie que consumió con inaudita violencia a todo aquel que intentara resistirse a la voluntad contrarrevolucionaria de los sublevados. Puede pasar a ser “nuestro nazismo”, nuestra “experiencia única” de la guerra civil y la dictadura que le siguió, de la República fracasada por el enquistamiento de una cultura política reaccionaria en instituciones fundamentales del Estado, y por la extensión de actitudes políticas ultraconservadores en amplias capas de la sociedad española. Es una guerra, por tanto, que no resulta de las nuevas realidades que aparecen en Europa tras la Gran Guerra, sino de las inercias de un antiguo régimen que no puede digerir los apresurados esfuerzos de modernización realizados por los sectores democráticos. El interés por el conflicto bélico pasa así a sustituir a una posible atención al fascismo español, mostrando de nuevo hasta qué punto España se aleja de los ritmos políticos con que Europa afronta una crisis como la de los años treinta. Se inserta en la lógica continental de un modo similar a como algunos quieren situar al nazismo: como una pieza más, distinta, autónoma, independiente, de ese museo de los horrores de un atroz siglo XX en que cada nación hubo de enfrentarse a sus demonios particulares. En la tradición historiográfica española o, más bien, en la tradición del hispanismo, que parece querer con ello justificar una disciplina, el carácter excepcional o singular de lo que ocurre en la España de los años treinta, pasa a tener operatividad intelectual, prestigio académico, apenas tiene que argumentarse.

En esa línea, importa menos hacer de la guerra civil el proceso constituyente del fascismo que la posibilidad de que el nacionalismo reaccionario español pudiera actuar –¡por fin!- en un marco internacional propicio. Aunque los fascistas europeos nada tuvieran que ver con lo que estaba pasando en España –ellos, al parecer, se caracterizaban por su sustancia “revolucionaria”, “dinamizadora”, “movilizadora”-, el proceso de oligarquización realizada a través de un Nuevo Estado podía realizarse asumiendo su congruencia con un mismo objetivo del conjunto de la “civilización europea”, como no dejó de hacer la propaganda de la contrarrevolución española antes, durante y después de la guerra civil. De este modo, la asunción por los contemporáneos a esa pertenencia común pasa a ser la manera de camuflar un trayecto individual, la inserción de un puro nacionalismo reaccionario en el ambiente promiscuo y oportuno de la gran revolución fascista europea. No se trataba solo del auxilio militar indispensable, sino de poder llevar adelante el proceso como una restauración de la

pertenencia de España al destino común de la civilización occidental, una congruencia perdida desde la derrota de 1648, que apareció como momento crucial –de derrota, no de pérdida de razón- en toda la propaganda preparatoria o justificante del 18 de Julio: desde el *Discurso a las juventudes de España* de Ledesma Ramos hasta la literatura que se produjo al calor del debate entre Laín Entralgo y Calvo Serer, a punto de entrar en otra inclusión del franquismo en una especial circunsancia europea: la del anticomunismo cristiano de los años cincuenta.

No parece, por otro lado, que la experiencia española de la guerra civil –o del fascismo republicano, o de la inmediata posguerra- pueda considerarse ajena a los procesos de movilización, dinamización social, propuestas de transformación del Estado y de los poderes locales, esfuerzos por integrar a las masas en un discurso comunitario de responsabilidad nacional, organización de instituciones del partido orientadas precisamente a obtener una intervención capilar del régimen en la vida cotidiana de los españoles...No parece que todo esto pueda ser contratado con el inmovilismo, la indiferencia política o la tendencia a un deliberado apoliticismo de las masas, la sustitución de la dinamización social por la salvaguarda del orden público, la retirada de las masas a su pequeño mundo privado, la inexistencia de un espacio público de afirmación constante de los valores del Nuevo Estado, que el mismo Miguel Angel del Arco señala como indispensable memoria y legitimidad de la experiencia de la guerra civil. Lo que ocurre es que considera que esas actuaciones se encuentran en un lugar distinto al de las características de dinamización social propias del fascismo, sin que hayamos podido establecer –y no en su caso, porque nunca ha podido establecerse de forma documentada y con la extensión que requiere tan grave afirmación sobre diferencias esenciales- en qué consiste exactamente el grado de movilización de masas preciso, la voluntad de integración, las tareas transformadoras del régimen que llevan a trazar una línea clara que define dos campos distintos: el del fascismo y el del nacionalismo reaccionario. O que define, en cada uno de los militantes, en cada uno de los miembros del personal político del régimen y del movimiento, este carácter: una tarea que no puede hacerse, además, al margen del momento, de las circunstancias, en las que analizamos tales conductas, propósitos y conciencia política.

España interesa por su unicidad, por su particular curso histórico, por un *Sonderweg* que es paralelo al de Italia, Alemania o Francia. Por ello, los historiadores que estudian la guerra civil no tienen exigencia alguna de presentar credenciales de conocimientos del fascismo europeo. Aceptado por una historiografía convertida en clásica en el peor de sus sentidos, que el fascismo es asunto solo anecdótico en España, sólo coincidente en el tiempo –y llegado con tardanza, debilidad y notable oportunismo transformista, por otro lado-, lo que interesa es otra cosa. Es, precisamente, aquello que parece hacer España en lugar del fascismo: la guerra civil; aquello que construye España en lugar del fascismo: un movimiento nacionalista reaccionario en el que el partido fascista crece a costa de su propia naturaleza; aquello que inicia España en lugar del régimen fascista: un Estado católico inspirado en una doctrina propiamente española, entendible solo en el desarrollo específico de nuestro país, el nacionalcatolicismo. Y viendo en éste, a diferencia de Botti, una vía de escape, no una plasmación española de la experiencia fascista europea. Lo que interesa en la historia de España de los años treinta es la guerra civil, pero no como proceso constituyente del fascismo, sino como su alternativa, como su frustración, como –para decirlo como lo reitera Miguel del Angel del Arco, tomándolo de Glicerio Sánchez Recio, su “truaje”- . Ese interés por el conflicto armado, por la construcción de un Nuevo Estado y la liquidación de una democracia a través

de la guerra; esa atención a lo que supuso la eliminación física de todos los cuadros de un potente movimiento obrero socialista o libertario, muertos, encarcelados durante largos periodos o condenados al exilio; esa transformación que no puede esquivarse en el análisis de lo que pasa en Europa en aquel momento, que para todos los contemporáneos supuso el antecedente inmediato de un conflicto que iba a entenderse como la lucha entre el fascismo y el antifascismo; todos esos factores, pasan a perder eficacia explicativa en el momento en que el proceso de fascistización de la derecha española desaparece del análisis y, desde luego, cuando se considera que ese proceso no ha llegado a fabricar social y políticamente un fascismo “propriadamente dicho”.

Podemos dejar de lado a quienes consideran que el nuevo régimen y el movimiento del 18 de julio nada tuvieron que ver con el fascismo, una posición que, afortunadamente, ha ido perdiendo señales de verosimilitud en nuestra historiografía. Lo que debe preocuparnos es ese inquietante “hasta qué punto” se produce históricamente el contacto entre lo que se acerca al fascismo sin serlo del todo y lo que usualmente, esa “mayoría de historiadores” a los que se refiere Miguel Angel del Arco en su artículo, definen como los únicos modelos de regimenes europeo, Italia y Alemania. Lo que no aparece precisado en ningún caso –y es lógico que así ocurra- es la graduación de fascismo que cada actitud posee, la cantidad de ingrediente fascista que hace que una decisión personal y de masas pase de parecerse al fascismo, de ser parafascista o de ser fascistizada a poder ser caracterizada como fascista. Ninguno de los historiadores que ha trabajado con la categoría de la fascistización –y, en especial, la labor realizada por Ismael Saz- como una situación que permite hablar en España de fascistas claramente identificados en un régimen y en un partido único que no lo son, ha realizado una burda tarea de certificar situaciones minuciosamente graduadas para que permitan ir elaborando un cuadro de mayor o menor aproximación al tipo fascista ideal. Su reflexión ha sido bastante más sutil que esto, y en modo alguno tengo la intención de banalizarla.

Tampoco espero, desde luego, que se pueda simplificar la que otros planteamos, en especial cuando advertimos del enorme riesgo que se corre, para la supervivencia del fascismo como categoría, y al final para la supervivencia de la experiencia fascista real en la Europa de los años de entreguerras. Apartar de la experiencia fascista europea el 18 de julio de 1936 tiene consecuencias que van mucho más allá de nuestro consumo interior. Provoca una falta de interés que considero letal para comprender el fascismo europeo en su conjunto: no el “fascismo genérico”, sino la experiencia del periodo de entreguerras y, en especial, el proyecto contrarrevolucionario y sus variadas maneras de construir un nuevo régimen que acabara definitivamente con lo que se veía como “la Revolución”: el liberalismo y el socialismo, en especial en la forma y fuerza amenazadoras que habían tomado tras la Gran Guerra: la II República, la República de Weimar, la ofensiva democrática y socialista en la Italia de 1919-1920. Si el 18 de julio deja de pertenecer al fascismo ya no como categoría ideológica, sino como cultura política, precisamente en ese sentido amplio que se le da en el artículo del profesor del Arco –no mero discurso, sino la experiencia social en la que el discurso se forma y sobre la que el discurso actúa, ofreciendo cohesión de percepciones a quienes participan en el movimiento y legitimación al Estado que se construye-, dejamos de darle a la experiencia española una plena comprensión que nunca se nos ocurre plantear cuando señalamos las deficiencias del liberalismo español, la debilidad de la socialdemocracia o las particularidades del comunismo, siempre insertados con naturalidad en los movimientos de la misma estirpe

que se desarrollan en el continente. Si lo apartamos, renunciamos de entrada, como algo casi nunca tenemos que justificar, de las cuestiones que se nos plantearían de inmediato para entender cuáles son las deficiencias del fascismo español o, según creo más adecuado establecer, cuáles serían los elementos diversos y de fuerte capacidad de resistencia social que se ofrecen en nuestra propia experiencia. La mirada sobre la experiencia española es distinta, para los propios historiadores españoles, si se hace partiendo de un asunto general o, para expresarlo mejor, estudiando lo local, lo regional, lo nacional, en una perspectiva europea, pensando que los hechos pasan a interrogarnos de un modo distinto, precisamente en función de esa perspectiva.

Este aspecto ya resultaría lo bastante importante como para que preocupara más de lo que generalmente sucede. Pensar que podemos desplazar nuestra mirada hasta el punto en que nuestro análisis cambia con tal radicalidad, creando las condiciones en que el franquismo pasa a explicarse por la dinámica interna exclusiva de España; que el nacionalcatolicismo no es la versión española del fascismo, sino precisamente la alternativa singularmente española que se da al fascismo; que el Nuevo Estado no es el resultado de una conquista del poder por el fascismo español, fruto del proceso concreto de fascitización en España, sino un Estado de carácter distinto al totalitarismo fascista europeo. Todo ello implica tomar una actitud intelectual que se desarrolla, a partir de ese momento, con manifiesta indiferencia por lo que podría clarificar aspectos esenciales de la experiencia fascista española. Pero no es menor grave lo que sucede con esa expulsión en la historiografía extranjera. Y es que, al extraer el caso español como un espacio nunca definido por el fascismo, la historiografía especializada en este tema deja de hacerse preguntas que la guerra civil española, el proceso de fascitización, la construcción de un peculiar partido único, el caudillismo de Franco, el papel fundamental del catolicismo como factor vertebrador, entre otras muchas cosas, proporcionarían a la reflexión de quienes estudian este tema. Y el objeto de análisis, de este modo, es burlado a unos y a otros de una manera que no me parece adecuada. El esfuerzo teórico realizado por algunos historiadores españoles para justificar ese desarraigo debe ser apreciado en lo que vale, precisamente porque se lo han planteado y han dado respuestas que me pueden parecer más o menos satisfactorias. El problema se encuentra en esa situación que tan bien conocen nuestros jóvenes investigadores cuando acuden a congresos en los que se habla de la experiencia fascista. O España no aparece, o aparece solo como frustración, a la manera británica, o como parafascismo, a la manera de Vichy...o “a la española”, como el curioso caso que solo los especialistas en la resistencia de las estructuras ideológicas de la reacción española a la modernidad pueden entender.

El daño se produce, pues, en ambos escenarios —el de la historiografía española especializada en la crisis de la primera mitad de siglo o en la historia del franquismo en su conjunto, y en la historiografía internacional dedicada al fascismo—. Pero creo que es el internacional, pues no se trata solo de quienes desean continuar trabajando acerca de las cláusulas de categorización del “fascismo genérico”, sino también —y de quienes resultan más interesantes— de quienes estudian experiencias fascistas concretas, habiendo sido advertidos de que no les hace ninguna falta considerar la importancia del caso español. Y, sin embargo, creo que tal importancia es decisiva. Lo he justificado de una forma muy extensa en recientes publicaciones y, en especial, en *El evangelio fascista* (2014), precedido, especialmente desde el año 2010, de reflexiones acerca del proceso de fascitización en España y lo que, a mi

entender, empezaba por legitimar el carácter fascista del 18 de julio, para acabar señalando su carácter fundamental para explicar el conjunto de las experiencias fascistas europeas, y no por aquello que comparte el caso español con las otras, sino por lo que ofrece de significativo en su trayectoria singular, por lo que proporciona para ampliar el conocimiento de la contrarrevolución europea y su punto de llegada fascista.

La utilidad de una nueva apreciación del proceso de fascistización.

No puedo, en un espacio que ya resulta muy extenso para ser el comentario al hilo de las reflexiones de un colega, pormenorizar los argumentos que he dado acerca de esta calidad del fascismo español. Sin embargo, puedo señalar que ésta se encuentra, fundamentalmente, en lo que el proceso de fascistización ofrece como alternativa al análisis del fascismo como doctrina fundacional que se extiende sobre su propia capacidad de sumar adhesiones a un acto creador, en las condiciones de creación del partido fascista. Por la forma en que se articula la relación entre el fascismo y el resto de la contrarrevolución; por la manera en que el fascismo pasa a ser idóneo factor de síntesis doctrinal y convergencia social del conjunto de este espacio, España ofrece unas condiciones de análisis particularmente expresivas. Porque acentúa los rasgos de porosidad del fascismo a experiencias nacionalistas que no lo son hasta un momento crítico de la sociedad; porque señala la congruencia exclusiva del partido-milicia del fascismo a la extrema violencia con que el fascismo afirma su proyecto y llega a adquirir esta condición; porque expone, de un modo muy consciente para su militancia antes de la crisis decisiva y para la nueva militancia incorporada al llegar el momento de fractura nacional, el carácter palingénésico del fascismo: es decir, la tarea del movimiento y la naturaleza de su ideología como rescate de una comunidad nacional que ha sufrido el proceso de una decadencia que le ha arrebatado sus caracteres esenciales; porque tiene una formidable capacidad de integración, que es facilitada precisamente por la debilidad original del partido fascista –Falange de las JONS–; porque señala de un modo más rotundo que en otros lugares, aunque no sea ni mucho menos exclusivo del caso español, sino elemento sustancial a esta cultura política, que el fascismo es el resultado de un proceso de síntesis, de integración, de lo que está lejos de ser simple yuxtaposición, coalición o coincidencia de intereses revocable, para convertirse en una cultura política determinada, que se acepta como unitaria; porque ofrece, como en ningún otro lugar –aquí sí– la importancia la guerra civil como medio de conquista del poder y de construcción de un Nuevo Estado, momento además en que el partido no solo crece, sino que pasa a ser refundado, utilizando las siglas y el programa de viejo partido fascista –lo cual es ya demasiado significativo como para considerarlo casual o prescindible– para convertirse en Movimiento Nacional, resultado de un acto de soberanía de la nación en armas, que designa también de este modo a su Caudillo, como explicará perfectamente Francisco Javier Conde en su texto clásico sobre la afirmación del hecho político del 18 de julio, el estado de excepción y el carácter de la revolución española; porque tiene la capacidad de definir un proyecto propio, que siendo necesariamente fascista en las condiciones de su llegada al poder, puede ofrecer las condiciones de un proceso de desfascistización doctrinal y formal en el momento en que el fascismo europeo entra en crisis: para decirlo de un modo que tiene indudable interés en la reflexión general sobre el tema, porque el caso español muestra la posibilidad del paso a la época del postfascismo; entre estas

últimas condiciones se encuentra algo que puede haber sido decisivo en la apreciación del fascismo español como simple “nacionalismo reaccionario”.

Es la pérdida de actualidad, en la Europa de la posguerra, de una movilización permanente de la sociedad, una militarización que ponga la violencia en manos de los partidos en lucha, que establezca la necesidad de un radicalismo “de ofensiva”, para pasar, en la etapa de la posguerra, a primar los elementos propios de una cultura conservadora europea que cree, y esto es especialmente notable, superada la época del liberalismo: sea a través de los nuevos partidos con ambición transversal, como la Democracia Cristiana, sea a través de ciertas experiencias nacionalistas como el gaullismo, sea a través de la reclusión de la extrema derecha en espacios que nunca se plantearán estrategias similares a las del periodo de entreguerras, como sucederá singularmente con el Movimiento Social Italiano. No puede hablarse del régimen del 18 de julio ampliando el juicio que hacemos de su organización, discurso y actitudes de mayor o menor movilización, sin tener en cuenta un proceso de delegación en las instancias de poder y de renuncia a la actividad intensa, permanente, de la militancia, que fue un aspecto en el que todos estos movimientos coincidieron—incluyendo, en España, a quienes no militaban en Falange en 1934, pero sí que lo hicieron a partir de 1936-.

Lo que ofrece el análisis de la fascistización y la consideración de que el fascismo es lo que se encuentra al final, como resultado, es algo bastante más complejo de lo que el profesor del Arco ha situado en una nota a pie de página. Porque en ningún caso he deseado que se entendiera que “todo es fascismo” en la derecha o la extrema derecha, que me resultan indiferentes los matices ideológicos o los antagonismos políticos o que ninguna importancia tiene el hecho “fundacional” de un partido que pasa a ser “el” partido fascista, como ocurre con la constitución de FE de las JONS en febrero de 1934. El espacio y el carácter que he dedicado en *El evangelio fascista* al proceso de constitución del partido me eximen, creo, de semejantes acusaciones.

Cuando indico que el fascismo es el resultado del proceso de fascistización, me refiero a que el partido —o los partidos, porque puede haber más de uno y, de hecho, lo hay en buena parte de las experiencias europeas— forma parte de un espacio que irá constituyéndose en un movimiento fascista, “propiamente dicho” solo en una acepción de este más bien enojoso sintagma: por alcanzar la capacidad de ser representativo del conjunto de la contrarrevolución en el momento de una crisis nacional de tal virulencia que permite hablar de un momento fundacional. En el caso español, ese momento es el 18 de julio. En el caso alemán, será el del descalabro de las instituciones de Weimar a partir entre 1930 y 1933. En el caso italiano es una crisis de posguerra y una guerra civil de baja intensidad. En el caso francés, la amenaza del Frente Popular y la Colaboración. Hay que tener en cuenta que estas crisis, en la misma medida en que integran a gentes de muy diversas procedencias, en la medida en que alteran las condiciones de la “normal” militancia o simpatía por espacios políticos diferenciados, en la medida en que impulsan una dinámica de transformación de todo el marco político nacional, tienden a lo que es, al mismo tiempo, simplificación subjetiva —rojos y nacionales— y complejidad y contradicciones objetivas —construcción de un movimiento de masas heterogéneo que carece de la “pureza” doctrinal de los momentos fundacionales. Ni este momento de crisis es el de la creación de las JONS, en España; ni es el de la constitución del primer NSDAP —pero también de los otros grupos fascistas alemanes, como el DSP o en DVFP,

o las organizaciones autónomas de combate tan abundantes hasta 1925 en Alemania-; ni es el de la creación de los “fasci di combattimento” en la Plaza del Santo Sepulcro de Milán; ni es el de la formación de Le Faisceau por Georges Valois.

Lo que existe, pues, es un espacio heterogéneo, pero que debe disponer de elementos de contacto suficientes para poder establecer las condiciones de su fusión. Razones de orden ideológico, entre las que las diversas formas de entender el nacionalismo acaban por precisar la formación de un solo movimiento, en el que puedan ser sintetizadas, no solo yuxtapuestas, aun cuando la diversidad se mantenga siempre y en todos los partidos fascistas unificados. Pero esa heterogeneidad es, además, condición indispensable, pues sin ella sería imposible articular un solo movimiento social, en el que no podrían tener cabida las diversas experiencias locales, generacionales, sociales, que se integran en un solo partido, al servicio de una sola contrarrevolución, canalizadas en un solo régimen, pero disponiendo siempre de esa diversidad funcional necesaria. La uniformidad haría imposible que millones de ciudadanos que nunca han tenido experiencias sociales comunes pudieran alinearse en un mismo movimiento nacional. Tener, como experiencia propia, la de la guerra civil, hace del fascismo español un movimiento y un régimen que dispone de las condiciones de una solidez que no hallamos en otros casos. El conflicto armado de 1936-1939 no solo supone la derrota definitiva del movimiento democrático y socialista español: implica la posesión, por parte del régimen, de una cláusula de seguridad inexistente en otros casos. Es esta esa conciencia creada en la guerra –en el frente o en la retaguardia-, cuya intensidad, grado de compromiso, complicidad exigida en la violencia, calidad identificadora, tiene una potencia que no tendrán los episodios escuadristas del *dopoguerra* ni la violencia en las calles alemanas durante el *Kampfzeit*.

Que la fascistización sea previa al fascismo “propriadamente dicho” –en el sentido indicado solamente- ayuda a comprender cómo se forma un movimiento que congregará a millones de personas en la Europa de los años treinta y cuarenta. Y lo hará en un proceso que no es, contra lo que suele decirse, el resultado de una propaganda salida de las filas del partido, ni el producto de un progresivo convencimiento ante la fuerza del liderazgo o ante el ejemplo de la abnegación militante. Esto se encuentra ahí, sin duda, pero lo que se produce es algo distinto, un modo de crecimiento que no se da mediante la afluencia al partido, sino mediante la previa y necesaria radicalización, en la que empiezan a identificarse elementos comunes, además de los que, naturalmente, son factores de diferencia lo bastante graves como para explicar militancias en lugares distintos, que se eliminan cuando llega el momento de la crisis nacional. Por tanto, no solo el fascismo español: todos los fascismos son el producto de esa movilización de la contrarrevolución ante las condiciones de la Gran Guerra, que pasan a exasperarse en la década de los treinta, dando lugar a la constitución de movimientos fascistas de masas. En ese proceso, tanto el partido como quienes pasan a sumarse a él habiendo estado en otros lugares, pasan a modificarse.

No podemos hablar de un “trucaje” –y la expresión me parece estupenda, imaginativa y eficaz- de Falange Española si no estamos dispuestos a aceptar que los documentos –no la opinión de este u otro historiador- nos ofrecen un trucaje similar, por ejemplo, en Alemania. Trucaje entendido como creo que debe hacerse: no como pérdida del carácter fascista del partido nazi, sino como cambio que se produce en el momento en que la vieja militancia fundacional pasa a ser una escueta minoría frente a quienes empiezan a ingresar en el partido

en 1929-1930 y, en especial, quienes lo harán en 1932-1933. La creación del fascismo como movimiento integrador es lo que culmina el proceso de fascistización y lo que la caracteriza. El fascismo carecería de relevancia histórica, no dispondría de tantos estudiosos –y bien que lo demuestra el caso español- si se considerara que es un elemento marginal. Si el DAP no hubiera pasado de ser un grupo de ferroviarios y estudiantes nacionalistas de Munich en dura competencia con la extrema derecha alemana; si el NSDAP hubiera fracasado definitivamente en Munich y Hitler hubiera acabado su carrera política entre rejas; si hubiera carecido de la capacidad de superar su condición minoritaria en las elecciones de 1928, posiblemente se prestaría la misma atención al caso alemán que se presta al español. Por tanto, la atención que prestamos a un fenómeno es sensatamente selectiva. De hecho, la historia española de los años treinta carecería del interés que tiene en el exterior de no haberse dado la guerra civil. Por ello, lo que es relevante en el fascismo no es su aparición como doctrina, sino el punto de llegada de su conversión en un movimiento representativo del conjunto de la contrarrevolución. Y, sobre ello, retrocedemos con mayor o menor fortuna, para identificar los factores de su victoria. Aunque convendrá no caer en las visiones teleológicas que los propagandistas de tales movimientos elaboraron, también como parte de su cultura política: tanto para referirse a su inevitabilidad como para considerar la linealidad que une el momento fundacional con el instante de la victoria.

La posibilidad de que el fascismo desaparezca como experiencia y como concepto

Algo que nos jugamos también, en las posiciones más reduccionistas del análisis del fascismo, es la posible liquidación del conjunto de la experiencia. Puede parecer exagerado, pero algunos datos nos lo van señalando, porque esa tendencia depuradora, y más tras la entrada en crisis de la cultura antifascista en los años ochenta, no va a detenerse en considerar que unos movimientos y regímenes son “puramente” fascistas y otros no lo son. No, la cosa alcanzará mayores proporciones de desgaste, para ir demoliendo incluso aquellos modelos de los que nadie duda ahora. ¿No se está yendo ya al encuentro de un fascismo más “blando” –distinguiendo entre el italiano y el alemán, por ejemplo-, que es el efecto secundario o el daño colateral de haber indicado la singularidad absoluta del nazismo? Se está yendo más lejos. En el nacionalsocialismo, se distingue entre el “aceptable” Speer y el odioso Himmler, lo que ha llevado a un debate intenso en la opinión pública sobre la pluralidad de un régimen cuyo carácter masivo no puede negarse, estableciendo grados diversos de complicidad que recuerdan a los elaborados minuciosamente por los aliados tras la segunda guerra mundial, destinados a encausar a los militantes y simpatizantes del nazismo. Solo lo recuerdan, porque en aquel caso se trataba de hacer frente a un tribunal depurador, y en este caso se trata de depurar el concepto mismo del nacionalsocialismo, haciendo que se hable de una mayor o menor intensidad ideológica, o un mayor o menor oportunismo, o una mayor o menor inmadurez, o de una mayor o menor implicación directa en los crímenes...En todo caso, lo que deja de revelar una aceptable heterogeneidad, para establecer una jerarquía valorativa acerca de ser “más o menos nazi”. Lo mismo sucede con la revisión del movimiento mussoliniano y la ya popular divulgación de un fascismo “a la Ciano”, o “a la manera de Bottai o Grandi”, o “al modo de Malaparte”, que debe distinguirse del fanatismo sin escrúpulos –como si fuera eso lo que caracteriza a un fascista- de Farinacci o Pavolini. O tengamos en cuenta esa hipertrofia de

depuración a la inversa que se realiza desde hace tiempo en la cultura francesa, que compensa errores de apreciación de 1944-1945 con un error más grave aún, al establecer diferencias no de conducta, sino de sustancia ideológica; no de actitud criminal, sino de creencia, entre Brasillach o los jefes de la milicia de Vichy. No hará falta que considere, en este punto, a qué tipo de trayectorias desvergonzadas podemos encontrarnos al analizar la evolución de los dirigentes e intelectuales del Nuevo Estado español, armados todos ellos de sus libros de memorias amnésicos, de sus recuerdos desmemoriados, de su indecible falta de escrúpulos para ocultar sus huellas ideológicas. Porque, en el caso de España, no podemos negar el factor absolutorio que contiene la distinción entre el fascismo y lo que no lo es. Es lo que tiene operatividad en todas partes y no podría suceder de otro modo en España. Cabe recordar cómo, en el enfrentamiento que se produce entre tendencias del mismo partido y partidarios fervorosos del 18 de julio, llega a acusarse a algunos de ser herederos directos del fascismo y del nazismo, mientras otros se distinguen de esa trayectoria con un ánimo que no es el de la mera distinción —que les preocupó muy poco cuando hicieron lo que hizo Pérez Embid en agosto de 1936, al ser capturado su pueblo por los requetés: ponerse la camisa azul, no la boina roja—, sino el de la búsqueda de una reconversión de la memoria de la guerra civil, que se limite a condenar a los “repubblichini” españoles.

Se señala, en el trabajo del profesor del Arco, que debemos partir de la atención a lo que hicieron las personas concretas, a las decisiones que tomaron en su momento, evitando considerar que la cultura política del fascismo —o del no fascismo— español era un taparrabos de cinismo ideológico y retórica litúrgica para esconder meros intereses, mero temor a la represión, meras ambiciones de promoción. Desde luego: todas estas circunstancias existían, aquí y en todas partes, en momentos en que las decisiones políticas podían costar la vida, la propiedad o la libertad. Como movimiento y como régimen, creo que la contrarrevolución fascista española pudo llevar adelante su función social por disponer de esas adhesiones, realizadas al calor de creencias y de experiencias personales que buscaban un cauce de interpretación individual. Cada una de esas experiencias, sin embargo, esa atención a todos y cada uno que se señala en el artículo de del Arco, solo adquiere justificación cuando va en busca de un movimiento nacional. Del mismo modo que lo que ocurre a escala local tiene un interés propio, pero lo tiene por ser parte de un proyecto estatal nacional sin el que tal circunstancia más concreta no puede comprenderse. Eso no significa empezar desde arriba ni limitarse a lo que ocurre en los debates entre dirigentes. Implica establecer el canal de comunicación, en el que lo nacional atraviesa y da sentido a las experiencias locales, del mismo modo que el discurso elaborado por un cuadro superior del régimen ofrece necesaria doctrina a quienes disponen de sus propias vivencias, pero necesitan de una serie de factores identificativos comunes.

Lo subjetivo se afirma como necesidad de comprender el sujeto en su conjunto —el fascismo— y reconocer la diversidad o heterogeneidad del sujeto —el movimiento o el partido fascista—. Con el fascismo ocurre algo que lo pertrecha de invulnerabilidad, si el punto de vista del historiador acaba aceptando lo que es algo distinto a la percepción de los contemporáneos, para convertirse en la fabricación de una propia imagen. Ciertamente que las dos cosas caminan juntas, pero hay una diferencia esencial, que debe señalarse en la explicación del desarrollo histórico de las experiencias fascistas. Y es que podemos detectar las diferencias notables, incluso en la cercanía de una misma generación, con muy pocos años de diferencia, entre el

modo en que se asumieron unas determinadas acciones políticas y la manera en que fueron convertidas inmediatamente en un ritual de identidad, factor de cohesión y legitimación del grupo. Y ello supone que la experiencia subjetiva debe considerarse como proceso, como dinámica que no lleva a un fin conocido a la perfección, sino que actúa como respuesta tanto a las condiciones sociales inmediatas como a las pulsiones utópicas que las justifican en última instancia. A diferencia de cualquier otra cultura política del siglo XX, el fascismo es contemplado como proceso solo de forma secundaria, que creo negligente y desdeñosa de aspectos que fueron fundamentales, porque nos explican los motivos de su desarrollo real. Naturalmente, se acepta una “evolución”, fases distintas de “radicalización” de los regímenes generalmente aceptados como fascistas.

Pero no se llega a medir hasta qué punto existen mutaciones que llegan a explicar, más que cada una de las fases, el conjunto del recorrido de la experiencia histórica fascista. Mutaciones profundas, porque afectan a lo que considera fascista la propia militancia: la que no ha querido entrar en el NSDAP en 1925 y ha preferido los espacios nacional-populistas de la clase media; la que no ha querido entrar en Falange de las JONS y ha preferido el Bloque Nacional o la JAP; la que ha entrado, sobre todo, por motivos distintos en el movimiento fascista, no solo en momentos distintos que definan la mayor o menor radicalidad de quien se integra en él. La vieja guardia no es, y lo sabemos perfectamente en España, garantía de “pureza”; no lo es tampoco en el nacionalsocialismo alemán, en el que Heydrich y Speer entran en el mismo momento, asignándoseles prácticamente dos ideas de nazismo distintas a cada uno. Yo no creo que el fascismo sea un producto que aparece en la historia como algo acabado, definido en su instante fundacional, y comprensible desde entonces en su capacidad apostólica o infecciosa de ir adueñándose de la sociedad. No es una realidad distinta a todas las demás en esto, aunque se distinga de todas las otras por cuestiones que señalaré enseguida. El movimiento fascista es una fuerza social que atraviesa la realidad y se contamina de sus limitaciones, del mismo modo que se inspira en la voluntad de vencerlas. Es un movimiento que dispone de estrategia y, por consiguiente, de transformaciones.

Fascismo y comunismo. El valor arriesgado de una analogía.

Reconozco el riesgo de las analogías, pero también su utilidad cuando las pulsamos con cautela. Supongo que no hará falta decir hasta qué punto la otra gran cultura política nacida de la Gran Guerra, el comunismo, se ha librado del tipo de escrutinio científico a que es sometido el fascismo. Pocos son los textos dedicados a la “naturaleza” del comunismo, a su carácter ideal, al esfuerzo por establecer lo que es o no es comunista, a la distinción microquirúrgica entre los que ya son comunistas, los que no lo serán nunca o los que, acercándoseles mucho, no merecen ser considerados como tales. Y, sin embargo, ha sido lo más habitual cuando el sujeto fascista se ha convertido en objeto de estudio. El comunismo realiza cambios de estrategia. El paso del bolchevismo del Frente Unico, de la política de “clase contra clase” posterior, el impulso del Frente Popular o, por fin, el desarrollo de las políticas de unidad nacional no son cambios para tomarse a la ligera: provocaron crisis internas considerables, aislaron o mejoraron las condiciones políticas del comunismo, permitieron que

sectores muy distintos se incorporaran a él en cada fase de sus apuestas políticas. Pero siempre fue el comunismo. Siempre, y en todas partes.

Sin embargo, lo que en el comunismo es un cambio de estrategia, en el fascismo pasa a ser alteración de naturaleza. Claro que se defiende que existe un proceso, se habla del “fascismo movimiento” o del “fascismo régimen” –en una terminología afortunadamente superada- o se plantea la diferencia entre fases distintas de los regímenes fascistas: se habla de la vía hacia el totalitarismo en la Italia de los años treinta o de la radicalización del nazismo en vísperas de la guerra mundial. Pero lo que se hace es desterrar del espacio del fascismo a movimientos que nunca serían desdeñados –por seguir con la analogía- por motivos similares en el comunismo. Y es que, considerando el fascismo como algo que poco tiene que ver con lo político, para pertenecer a otro mundo, seguramente el que debe incluirse en el ámbito de los dispositivos ideológicos y rituales propios de una religión, el fascismo no tiene estrategia, sino evolución. Al fascismo se le exigen unas garantías, unos avales ideológicos que nunca son solicitados a ninguna otra cultura política, que nunca se le solicitan al comunismo. Y esta rigidez es inexplicable, procediendo seguramente de una especialización de los historiadores en el fascismo o en las diversas culturas antifascistas, pero nunca en ambas cosas a la vez –se me permitirá que incluya aquí una cuestión a la que luego me referiré, el totalitarismo, con sus especialistas bipolares en nazismo y estalinismo-.

Ese trabajo no solo distinto, sino distante, hace que quienes trabajan en la cultura política del comunismo se acerquen muy poco al fascismo y que, lo que aquí debe ser más recalcado y lamentado, quienes trabajamos sobre fascismo nos preocupemos muy poco de las clasificaciones, visión de procesos, atención a las modificaciones políticas, que se producen en un terreno contemporáneo que, además, tantas veces está determinado por el otro. ¿O es el que el anticomunismo no tuvo nada que ver con el proceso constituyente del fascismo, con su progresiva capacidad de agregación, con su idoneidad creciente como representante del conjunto de la contrarrevolución? ¿O es que, a su vez, el fascismo en su dinámica compleja, con avances y retrocesos, con mutaciones en función de sus cambios de clientela, con su mayor o menor capacidad de hacerse con esa representación global, no imprimió su sello a las opciones estratégicas y a la capacidad integradora del comunismo como instrumento fundamental del antifascismo, como espacio vertebrador de la cultura del Frente Popular? Con el fascismo, lo que se hace es una discriminación metodológica que procede, por lo menos en una parte importante, de esta forma de darse la espalda, en el terreno académico, de estas dos culturas políticas.

La selección se realiza con una severidad en el fascismo que podría considerarse frívola relajación en los estudios sobre el comunismo. Porque ni siquiera atiende a quienes, en su tiempo, se llaman a sí mismos fascistas o se consideran parte de un mismo movimiento, aunque la palabra fascista no sea utilizada –como lo la usaron los nazis- por un prurito de evitar la copia de un proceso extranjero, que pertenecía por completo a lo que sucedía en Italia. Los fascistas no practicaban una actitud propia del internacionalismo, pero tenía, desde luego, una posición transnacional. Se sentían –y volvamos a lo subjetivo- parte de lo mismo. La impresión de que la derrota de las potencias del Eje ha creado una indefensión de Occidente frente al comunismo no es alimentada solamente por los falangistas más radicales, sino por sectores del franquismo que no se muerden la lengua a la hora de condenar el sistema

hitleriano, como quienes, en el primer volumen de la Biblioteca del Pensamiento Actual, publican un libro de Romano Guardini dedicada especialmente a la crítica del “mesianismo” pagano nazi, mientras el prólogo al conjunto de la colección de Calvo Serer reproduce su llamamiento a “Una nueva juventud española”.

Los esfuerzos de la intelectualidad falangista, la que se ha afirmado como totalitaria, fascista, defensora del Nuevo Orden y dispuesta a luchar al lado del ejército nazi en 1941, para presentar la situación de la Europa de la posguerra como la de un continente huérfano, en la que el único valladar frente a la amenaza de la barbarie soviética es el cristianismo, que ha salido victorioso en la guerra civil española, es muestra de lo que es un cambio que no supone el relevo de los fascistas por quienes no lo son, sino de evolución de los fascistas hacia un mundo en el que el fascismo ha perdido su actualidad. Como dirá Gaspar Gómez de la Serna, “los que éramos –y a mucha honra- fascistas.” El tiempo pasado y la evolución posterior del personaje podría hallarse en otros fascistas europeos, incluyendo partidos organizados como neofascistas o postfascistas. Pero lo que deseo señalar aquí no es ese corte propiciado por la derrota del fascismo y su desactualización en 1945.

Los motivos de la militancia, en la evolución histórica y el cambio de circunstancias.

No quiero señalar aquí, fundamentalmente al menos, ese corte producido en el momento de la derrota y de la inmediata desactualización del fascismo como propuesta de la contrarrevolución europea y, por tanto, española. Me interesa más señalar esa asignación de recursos de discriminación que sólo empleamos en el análisis de lo que es fascismo y de lo que no lo es. De lo que se le acerca, pero no consigue serlo plenamente. De lo que puede suponer una delimitación de campos que es todo lo contrario a tomarse en serio el sujeto, para hipertrofiar, precisamente, la objetividad. Prescindiendo de las motivaciones de los contemporáneos, de la forma en que no asumían religiosa y definitivamente una doctrina, sino que entraban o salían de un partido, lo votaban o dejaban de hacerlo, lo reforzaban o dejaban de creer en él, lo consideraban útil o lamentaban su marginalidad, prefiriendo otras opciones electorales. Lo que lleva a no considerar fascistas a quienes no estaban en Falange en febrero de 1936, para pasar a no considerar fascista a Falange por haber aceptado en 1937 o en 1939 a quienes militaban en otros lugares en 1935. Con algunas cosas de extrema curiosidad, con las que no quiero hacer juegos de manos o fáciles reconversiones, deseando solamente plantear el problema metodológico que se nos viene encima: considerar, por ejemplo, que el vieja guardia de 1933 llegará a ser menos fascista en 1941 que un antiguo militante de la CEDA como Serrano Suñer, el más fascista sin haberlo sido, por propia voluntad. Por no hablar de quien no consiguió entrar en Falange, en 1934, como Calvo Sotelo, por el veto explícito de un José Antonio que injurió el “protomártir” gravemente cuando éste insistió en llamarse a sí mismo fascista y, encima, a pretender aprovechar la ventaja de su posición de diputado para encabezar el fascismo en España, a expensas del caudillo encarcelado. ¿Hace falta recordar la carta publicada en *No importa* y la tremenda respuesta que le atizó Jorge Vigón pocos días más tarde, con referencias a la vanidad intolerable de quien deseaba convertirse en encarnación de un movimiento que era de todos los españoles decentes?

¿Alguien cree aún que el fascismo es una posición que se toma de una vez por todas, que nace como religión como dogma al que uno se convierte y del que no va a salir jamás? Este es uno de los aspectos en los que la construcción cultural del fascismo actúa con mayor vigor: el fascismo es algo que se llega a ser de modo irreversible. Por eso se presta tan poca atención a un hecho que, por su propia obviedad –pero por su peligrosa carga de impugnación de interpretaciones más inflexibles- pasa desapercibido. Y es que –y estamos en el análisis de la subjetividad, precisamente- la experiencia europea del fascismo se caracteriza precisamente por todo lo contrario: por el llegar a ser y por el dejar de ser, entendiendo ambas cosas sin darles nunca un carácter definitivo. Hubo personas que no solo votaron y dejaron de votar al fascismo alemán en la época de Weimar, sino que entraron en el partido o lo abandonaron antes de 1933, por muy diversos motivos. Las razones eran tan comprensibles como las que nos pueden explicar la conducta de los adictos a otras culturas políticas: cuestiones de oportunidad, de capacidad representativa, de operatividad...y de cambio de estrategia mejor o peor entendido por quienes entran como nuevos militantes o se van como militantes desengañados.

La fabricación de una línea inexorable, en la que el fascismo fundacional llega a sus objetivos marcados en su momento de creación es pura invención de quienes construyeron ese mecanismo de propaganda, de legitimación y de conversión de una experiencia histórica compleja en hilo conductor simplificado. O en algo peor: en una verdad que llegaba a tomar cuerpo, a encarnarse en una revolución por fin realizada. Ahí está la construcción simbólica de la Marcha sobre Roma, del *Putsch* de Munich –y del *Machtergreifung*, como revancha verificadora de la verdad nazi- o del 18 de julio. Experiencias reales, desde luego, pero transmutadas en algo que debe cohesionar, que se pone al servicio de un recurso indispensable en todo cambio radical de una sociedad, en toda conquista de un Estado, en toda interrupción de la Historia: inventar una tradición. Y en esa tradición se liquidan los elementos de heterogeneidad y de formación, para hallar los de unanimidad y perfección inicial, necesitada solamente de una expansión a imagen y semejanza del embrión creado en un momento de apasionada concepción.

Lo que nos dice ese análisis de lo subjetivo es lo que venía a recordarnos Tim Mason. No se trata de afirmar lo que todos reconocemos: el exceso de lenguaje que hace que al término fascismo le estalle el núcleo semántico –una circunstancia clínica que los filólogos consideran particularmente dolorosa y letal-. Se trata de comprender qué virtud identificadora tuvo *en su tiempo* el fascismo, como espacio de reconocimiento, como aquella comunidad ideal a la que se pertenecía, como un movimiento que actualizaba la contrarrevolución presentándola como lo que ésta ha sido siempre: una forma de hacer la revolución...al contrario. No es que lo definieran así los teóricos franceses del XIX. Es que los propios falangistas la vieron de este modo...*antes y después de la guerra civil*. No me extenderé aquí en presentar documentación que ya he publicado en otros lugares, como lo han hecho nuestros colegas Francisco Morente, Miguel Angel Ruiz o Javier Rodrigo, y que ahora están empezando a rastrear con perspicacia David Alegre y Miguel Alonso en sus tareas de doctorado. Antes, desde luego, sin que ello implique que la guerra no ayudara a consolidar lo que ya se encontraba en el proyecto fundacional de FE de las JONS. Por eso hemos hablado de la guerra civil como proceso constituyente del fascismo, porque creemos que es en la guerra donde el fascismo español adquiere la consistencia de un movimiento históricamente relevante, representativo de la

mayor parte de la contrarrevolución y, por tanto, un fascismo propiamente dicho. Después de la guerra, sin duda, cuando la revolución falangista pasa a ser definida abiertamente como “vuelta a la historia” y no como “interrupción de la historia” por Valdés Larrañaga. Cuando la revolución pasa a ser definida como reencuentro con la España eterna, como proceso duro, violento, que ha necesitado de la experiencia atroz de una guerra civil para “rescatar” a España y para ponerla en el camino de su unidad de destino.

La voluntad palingenésica del fascismo español. La guerra civil como momento fundacional.

Tuvimos la ocasión de discutir, en el seminario realizado en Barcelona en el 2013, lo que podía entenderse por esa voluntad palingenésica del falangismo, que no se redujo al momento de construcción del movimiento antes de 1936, sino que adquirió su perfil más claro en la primavera de 1936 y, naturalmente, desde el 18 de julio, incluso antes de la Unificación. Miguel Angel establece que aquello que unió a todos los hombres del régimen –porque de hombres se trataba, en sus niveles de mando- era la legitimación de la cruzada. No solo legitimación de la victoria, sino de todo lo que implicó la guerra civil, porque la posibilidad de ejercer el poder lo daba el resultado del conflicto, pero haber participado en su desarrollo era lo que permitía asumirlo como realidad y como mito al mismo tiempo. Y, claro está, lo que hizo posible algo que me ha resultado especialmente revelador: que fueran los falangistas los que se hicieran cargo de los espacios de poder, tras una primera formación, provisional –aunque no debía parecérselo al principio a sus beneficiarios- de las instituciones locales. Es lógica de la victoria, pero es lógica de la guerra: o, para decirlo como creo que debe hacerse. Es la lógica de un *Kampfzeit* siempre mitificado, siempre ritualizado, siempre consignado como factor existencial realmente vivido o como existencia delegada en las nuevas generaciones, que dependen de aquel inmenso sacrificio. Años de lucha que, en el caso español, son los de la conquista del poder a través de la guerra civil. Son los de la construcción de una comunidad de combate cuya densidad deberán señalar los trabajos de campo concreto, pero cuya eficacia legitimadora no deja lugar a dudas en la propia lectura del Nuevo Estado.

Son los años de fabricación de un nuevo régimen, con un nuevo personal político. Y aquí vuelvo a subrayar la importancia de lo que dice el profesor del Arco: la ruptura que impone la experiencia del nuevo régimen con respecto a una simple restauración. Hay una solución de continuidad que viene marcada por la guerra civil. Hay un repertorio de méritos y vivencias que a la guerra civil corresponden. Pero existe otra cosa: la construcción de un Estado que desea presentarse como *revolución nacional* –“la contrarrevolución...nuestra revolución”, como diría Vegas Latapie-, siendo uno de los caracteres de la misma lo que fue también propio de otros fascismos: la unidad restaurada de la patria, el nacionalismo como objetivo y como dinámica en la recuperación de la unidad de los españoles. Un proyecto unitario que el fascismo pasaba a representar como ninguna otra corriente de la derecha española en la etapa republicana. La guerra, además, como creadora de instituciones y *principios*. Por ejemplo, la conversión de los puntos de Falange de las JONS en los del nuevo partido unificado, a excepción del 27. Por ejemplo, y quizás más importante aún, la declaración del Fuero del Trabajo, que no detalla lo que serán las relaciones laborales, pero que enuncia cuáles son los valores, las ideas, los principios sobre los que deberá constituirse la sociedad española. Texto

doctrinal que no es simple documento teórico o ejercicio de propaganda, aunque también lo sea. Texto inspirador de un modo de plantear las relaciones laborales que el fascismo español ofrece, en el seno mismo de una guerra que se va a ganar ya irremediabilmente por él.

Nacionalismo reaccionario o el fascismo como contrarrevolución.

La guerra impone, en efecto, una ruptura. Pero la guerra es el resultado de un proceso del que no puede prescindirse. Es la culminación de un agrupamiento de las diversas facetas de la contrarrevolución española, que al realizarse en el escenario de una guerra civil, va a facilitar la construcción del Nuevo Estado en lugar de entorpecerlo. Escenario de constitución del fascismo, no alternativa militar, conservadora, clerical, tradicional o de simple coalición de fuerzas heterogéneas. Escenario de fusión, no de yuxtaposición. Y de asunción de ese papel, como ha ocurrido en otras partes de Europa, por aquella fuerza que es más congruente con las circunstancias de conquista del poder y con los objetivos de un Nuevo Estado. Y esa fuerza será Falange. Una Falange que no solo ha crecido espectacularmente en la guerra, sino que lo ha hecho desde el fracaso de las vías corporativas o monárquicas autoritarias en febrero de 1936, tras una primavera en la que la porosidad evidente que existe entre Falange y el resto de la contrarrevolución española desaparece en favor de un punto de encuentro. No deja de ser significativo, si de opciones personales estamos hablando, que un antiguo diputado y dirigente de la CEDA como Serrano Suñer pase a ser considerado la versión del fascismo más intransigente. Y, por tanto, poco debería extrañarnos que suceda lo que parece –solo parece– contrario: que un camisa vieja opere como un reaccionario en el Gobierno Civil de Barcelona. Ni el paso del antiguo miembro de la JAP es tan extraño en la experiencia de fascistización europea, ni lo es que un dirigente fascista sea un reaccionario y se ponga al servicio de los sectores conservadores de la sociedad barcelonesa.

Porque, si se considera que lo que hay en España es algo cualitativamente distinto del fascismo y, a continuación, al tener que definir esa cualidad, se indica que los objetivos del partido en el poder “distaron mucho de ostentar las aspiraciones revolucionarias y movilizadoras de los regímenes fascistas (...). No promovió –ni por lo tanto obtuvo en ningún momento– iniciativas típicas del programa revolucionario o palingenésico del fascismo”, algunos deberemos manifestar un desacuerdo profundo con tal caracterización. Sé que está redactada de un modo que no se argumenta extensamente, como podría hacerlo Miguel Angel, porque no es ese el tema central del artículo, pero tiene el suficiente relieve intelectual para enunciarlo. En el mismo texto, se señala, algo más adelante, que los falangistas –a quienes se atribuye un poder que ha sido negado por una historiografía muy influyente en nuestro país, lo cual debe ser apreciado como un giro importante, cuyo detalle nos proporciona Miguel Angel en la cita de los trabajos de colegas en este campo– “ni los propios falangistas que fueron reclutados hicieron intentos serios por implantar un Estado totalitario. Su propia cultura política, fraguada en la guerra civil, tampoco se lo exigía. Y si osaron hacerlo, siempre tuvieron frente a ellos el poder omnímodo de Francisco Franco, al que muchos prestaron lealtad.” (p. 33). Y, más aún: “a la altura de 1941 habría que poner en cuestión el carácter puramente fascista y revolucionario del partido único” (p. 36). Lo que termina por calificar al personal del partido de esta forma: “a falta de más investigaciones sobre un tema

resbaladizo [la complejidad de motivos que llevan a la militancia falangista en la guerra o tras la guerra] todo parece apuntar a que su cultura política estuvo más cerca del llamado *nacionalismo reaccionario* que de la del fascismo” (p. 42).

Espero no haber sacado de contexto estas afirmaciones, en las que Miguel Angel está planteando cuáles son las razones de una militancia que, bregada en la guerra civil, constituida su experiencia bélica, en el frente o la retaguardia, en un factor ideológico de particular intensidad y de innegable utilidad para su promoción, permiten referirse al personal político del régimen, en la escala en que lo estudia en el artículo Miguel Angel –pero cabe imaginar que también en las escalas superiores-, como “nacionalista reaccionario”, no como fascista. Y ello a pesar de que se ha producido una ruptura, no una restauración; que la guerra ha supuesto un campo de transformación radical y fuente de legitimación fundacional; que FET y de las JONS pasa a ser un elemento nada secundario en la estructura del régimen, aunque no disponga del poder absoluto que cabe atribuir –según supongo, por la lógica de la exposición- a los partidos fascistas de Alemania e Italia.

Comencemos por una discrepancia de orden lógico. Si no existe un fascismo genérico, es difícil que podamos definir aquí, cualquiera de nosotros, qué es “una revolución puramente fascista”. Si no hay un fascismo genérico...¿en comparación con qué? ¿Con aquellas experiencias empíricas que pasan a adquirir un carácter de modelo teórico? Cuando pasamos del campo de los conceptos, de las tipologías, a la experiencia histórica real, esa pureza queda desarticulada siempre. Pero, más allá de esa cuestión, que probablemente es un tema de vocabulario, en el que podríamos ponernos de acuerdo muy fácilmente, la discrepancia está ahí en una cuestión fundamental. Y es que yo no creo que el fascismo sea una propuesta revolucionaria que es alternativa al nacionalismo reaccionario. Dicho así, no. Y dicho así por lo que implica la palabra revolución y por lo que implica algo que también señaló en su momento, en el debate de la UAB, Miguel Angel: lo que distingue al franquismo del fascismo alemán o italiano es una política social que ni siquiera busca la integración en España, mientras que sí lo hace en los casos hitleriano o mussoliniano.

Aquí se encuentra, según creo, no solo un factor de discrepancia sobre los conceptos, sino de desacuerdo en los hechos. Y, sobre todo, se encuentra una caracterización del fascismo, como propuesta “revolucionaria” que me parece poco útil, porque desplaza al fascismo de su lugar histórico. No solo de su “función social”, entendámonos bien: creo que el fascismo tiene una doctrina que va más allá de la simple excusa retórica, para pasar a ser base de cohesión de una mayoría social de la derecha radicalizada por la crisis europea de los años treinta. El desplazamiento se produce también en el campo de lo ideológico, de lo doctrinal. Hace que pensemos que el fascismo tiene como ideología la que se plantea exclusivamente en sus parámetros transformadores, confundiendo lo que es una ruptura contrarrevolucionaria con una revolución. Este tipo de fascismo, desde el punto de vista cultural, es el que se califica exclusiva o principalmente como laico, vanguardista, modernista, futurista, etc. Desde luego, tras haber examinado cuidadosamente la literatura fascista española de la II República –la de Falange, la de las JONS- no me lo parece. No solo es que no me lo parezca: es que creo haber dado suficientes pruebas documentales de lo que es el pensamiento nacionalsindicalista, que solo puede recuperarse en sus publicaciones. Y, desde el punto de vista doctrinal también...¿vamos a considerar que lo que caracteriza al nacionalsocialismo es ese repertorio

también, exclusiva o principalmente, de nuevo? Porque la ideología del nazismo no se expresa de este modo ni siquiera en sus momentos fundacionales, ni siquiera cuando es todavía el pequeño círculo de fanáticos *völkisch* de Munich en 1920.

Pero, por importante que sea acabar ya con ese prestigio futurista –que no es lo mismo que los principios regeneracionistas y la fascinación por la modernidad que expresa el fascismo–, como dato exclusivo, distintivo, que separa al fascismo del nacionalismo reaccionario, lo crucial está en otro lugar. Está en el espacio de las expectativas políticas de determinados sectores de la sociedad. Y lo que no puede sostenerse es que el fascismo se constituye, como fuerza de masas que pueda condicionar la política de un país y, mucho menos, conquistar el Estado, en un lugar distinto al de la contrarrevolución. No al de la reacción entendida como mera defensa frente al cambio, no el de la reacción comprendida como resistencia, como liga de acción social de una burguesía atemorizada. No: como contrarrevolución, es decir, como ruptura con el orden establecido. ¿Se supone que la guerra civil no es una ruptura con el orden establecido? ¿Se supone que las transformaciones operadas en España desde 1936 son algo distinto a una “revolución”, en ese sentido en que lo comprende el fascismo? ¿En qué consiste esa ruptura que se defiende como ausencia de restauración o recuperación del poder por las clases tradicionales?

En España, a diferencia de cualquier otro lugar, la guerra civil tiene una función fundacional...y eso es “revolucionario”, rupturista, creador de un orden nuevo, gestación de una nueva clase política dirigente, operación destinada a establecer una nueva legitimidad, a fracturar el orden político liberal y a evitar el triunfo de una revolución democrática y a vencer, desde luego...al antifascismo. Porque, yendo a lo que fue la percepción de los contemporáneos, si algo parecía claro en 1936 es que estábamos ante la lucha entre el fascismo y la democracia, o entre el fascismo y la revolución, entre el fascismo y la república. Y no solo en la voz de los brigadistas internacionales, o del socialismo o comunismo organizados en países que vivían precisamente la experiencia fascista en aquellos momentos o temían vivirla, sino en la boca de los propios fascistas europeos, quizás no en el campo de la diplomacia, donde entran en juego intereses de Estado; quizá no donde desea verse algo idéntico a lo que sucede en cada poder fascista organizado; pero sí en el campo de aquellos intelectuales que, como Brasillach, entendieron que lo que en España se había iniciado una guerra civil que iba a tener su continuidad en Europa, enfrentando a dos modos de entender la existencia.

El desarrollo del fascismo se produjo en el campo de la contrarrevolución, hay que insistir en ello. Pero no solo hay que decirlo, hay que documentarlo. Y en el caso alemán, que es el que conozco con cierto detalle, está más que documentado. Lo cual nos lleva a un asunto que forma parte también del debate que estamos teniendo: lo que debe entenderse por fascistización. Estoy seguro de que, del mismo modo que yo no he tratado de banalizar ninguna de las afirmaciones de Miguel Angel, no habrá entendido él que la definición que he hecho de la fascistización se resuelve en la nota 5 de su artículo. Cuando digo que el fascismo es el resultado de un proceso, no quiero decir que no tenga importancia la existencia autónoma del fascismo desde su momento fundacional. Lo que creo –y lo hablamos extensamente en Barcelona hace un año– es que el fascismo que creó época fue aquel que logró dotarse de una base de masas, el que fue representativo del conjunto de la

contrarrevolución, el que pasó a ser portavoz y canalizador de las aspiraciones de la clase media en Italia o Alemania, el que fusionó las diversas opciones de la derecha radicalizada en una sola propuesta política. El fascismo es el producto de la fascistización, pero no seamos ingenuos: es obvio que el fascismo trata de fascistizar, una vez en el poder, a aquellos sectores sociales que aún no se han integrado en él. Lo importante, con todo, me parece lo afirmado en primer lugar: el fascismo es resultado de un proceso, una dinámica en la que está incluido el partido que acabará haciéndose con el poder –Alemania- o que será refundado, sobre el programa y siglas del partido fascista original al adquirir base de masas –España-.

El proceso de formación del movimiento: una visión comparada.

Cuando se distingue entre el fascismo y el “nacionalismo reaccionario”, lo que se propone es algo que se contradice con lo que he estudiado en Alemania o España. Y ya que se acepta que Alemania sí es un ejemplo de país en el que el fascismo se hace con el poder *totalmente*, habrá que hacer alguna reflexión al respecto. Si lo vemos como proceso, el nazismo es un espacio minoritario de la contrarrevolución alemana hasta 1930. Para decirlo más claro. Si se utiliza el testimonio de los diplomáticos fascistas para señalar las insuficiencias del franquismo como fascismo, deberemos darle idéntica verosimilitud cuando se considera la mutua hostilidad del nazismo y del fascismo italiano hasta la segunda guerra mundial. Para los fascistas italianos, y en especial para Mussolini en el poder, las simpatías podían encontrarse mucho más en opciones que no pueden considerarse fascistas. ¿Por motivos diplomáticos? Ciertamente. Pero también por una mutua extrañeza, que los nazis disidentes llegaron a utilizar reiteradamente –en 1924, en 1926, en 1930 e incluso en 1934- para distinguir el “verdadero” nacionalsocialismo de las actitudes “fascistas” de Hitler y su círculo más estrecho.

Lo que interesa, con todo, no es la percepción que puedan tener estos movimientos especialmente en la década de los veinte. Lo que de verdad importa es cómo se produce la fascistización en Alemania: es decir, como se produce la conversión del nacionalsocialismo en un partido fascista de masas. Si en 1929 el nacionalsocialismo es una parte significativa, pero minoritaria –en militancia y en votos- del espacio antirrepublicano, la situación cambia cuando se produce la catástrofe nacional de 1930. Esa fractura de la República de Weimar provoca que se desplace en un proceso que dura tres años aproximadamente, la base social de la derecha al nacionalsocialismo. En forma de votos, al principio –el paso de los campesinos de Schleswig-Holstein del DNVP al NSDAP, ya en 1929- o el posterior paso de los militantes de los llamados “partidos de interés” –grupos corporativos de campesinos protestantes, Partido de la Economía, organizaciones locales nacional-populistas- y segmentos de los partidos conservadores a partir de 1930 y, en especial, en 1932 del campo “populista” al campo nacionalsocialista. El camino se ha realizado, por cierto, a la inversa entre la primavera de 1924 y la de 1928, cuando quienes acudieron a votar al Movimiento Nacionalsocialista de la Libertad en mayo de 1924 volvieron al DNVP o engrosaron las filas de los partidos populistas, movilizadas especialmente con el proceso de elección de Hindenburg en 1925. Lo cual significa, ni más ni menos, que el proceso de fascistización *es reversible*: es decir, que de haberse superado la crisis de 1930-33, como bien se temía Gregor Strasser –y por eso precisamente abandonó sus cargos en el partido en diciembre de aquel año-, los votos

ganados por el nazismo en 1932 podían regresar a los grupos reaccionarios. Y, de hecho, lo estaban haciendo: dos millones de votantes cambiaron su voto en esa dirección entre julio y noviembre de 1932. Por tanto, las prisas de Hitler y de quienes le apoyaron en aquel trance difícil –un nacionalista reaccionario como von Papen, por ejemplo, indispensable en la negociación con el presidente de la República y con los poderes económicos- se debían a la convicción de que el proceso podía revertir. Hitler podía perder votos, a escala nacional, como había perdido la mitad de los sufragios en Turingia, y regresar a una situación, si no marginal, si minoritaria. Lo impidió la habilidad política con que se gestionó la crisis, no una determinación que hace del paso al fascismo una decisión irrevocable, un cambio cultural definitivo. Precisamente porque el fascismo solo puede entenderse por esa capacidad de representación de fuerzas que van a sintetizarse en él, era posible que la resolución de la crisis por otras vías hiciera que el fascismo perdiera su capacidad integradora, su congruencia con la alternativa contrarrevolucionaria a la crisis de la democracia.

Por otro lado -y sin dejar un caso tan significativo como el alemán, en el que podemos observar la lenta transformación del nacionalsocialismo y el lento y revocable desplazamiento de una derecha nacional-populista, que va y viene de su apuesta por el NSDAP- el fascismo alemán estuvo lejos de ser el sector “revolucionario” que se plantea. En el nazismo convivían, desde su misma fundación, posiciones diversas, radicales todas ellas en su denuncia del liberalismo, de la democracia, del socialismo o del sindicalismo. Nacionalistas todas ellas. Pero con diversas apreciaciones, por ejemplo, del papel de la clase obrera en el proceso de toma del poder. Con diversas apreciaciones de la función del partido y de las fuerzas de choque. Con diversas apreciaciones sobre la función del antisemitismo y del proyecto racial. La diversidad no era solo ideológica, desde luego. Pero debe tenerse en cuenta que ya existe en el momento fundacional –como lo mostrará la famosa conferencia de Bamberg de 1926 o los choques con las SA en 1930, entre otros muchos incidentes sonoros, que culminarán en 1934- y que no hará más que ampliarse en el momento en que un partido de cien mil militantes y ochocientos mil votos pasa a ser un partido de ocho millones de militantes y diecisiete millones de votos. Lo cual significa que la heterogeneidad que atravesaba la sociedad alemana se plasmaba en el partido, creando formas distintas de optar por el nacionalsocialismo, motivaciones diferentes para entrar en el partido o para aceptar el nuevo régimen. Todas ellas precisaban, desde luego, de un elemento de cohesión. Y éste no fue el partido, sino la figura de Hitler, autoridad situada por encima del NSDAP, encarnando no al Estado, sino a la comunidad popular alemana. Por cierto, y esto me parece lo bastante grave como para haberlo indicado en más de una ocasión: cuando se produjo la liquidación de los sectores radicales del NSDAP, caracterizados todos ellos –de Strasser a Röhm- por poner en duda el poder absoluto de Hitler, tanto la revista *JONS* como *FE*, en sus ediciones del verano de 1934, denunciaron a los alborotadores, señalando la importancia que tenía mantener el interés del Estado por encima de los infiltrados de la izquierda o los revolucionarios “equivocados” en una necesaria defensa del orden nuevo. Y estamos hablando del fascismo fundacional español, no del que queda presuntamente contaminado a partir de la guerra civil.

Señalar la diferencia entre el fascismo y el franquismo indicando que ésta podía encontrarse en la política social, tiene elementos interesantes de discusión. Porque no puede desdeñarse sin más esta apreciación, señalando que todos los fascismos tienen una política antisocial. La apreciación del profesor del Arco me parece pertinente, con un elemento que, cuando lo planteó en el encuentro de Barcelona, me llevó a pensarlo detenidamente. Creo que lo que caracterizó al fascismo español –no lo que distinguió al franquismo del fascismo– fue que el discurso contrarrevolucionario alemán se realizó siempre considerando que el conjunto del pueblo estaba viendo su bienestar económico destrozado por las consecuencias del Tratado de Versalles y las reparaciones de guerra. Lo que se planteaba en la propaganda nazi era un encuentro entre lo social y lo nacional que “externalizaba” el conflicto. En el caso español, en cambio, la guerra civil fue una guerra claramente orientada contra los trabajadores, y la cínica presentación del Fuero del Trabajo como un intento de atraérselos en prueba de hasta dónde llegaba la voluntad del régimen de liquidar el orden en el que la clase obrera había dispuesto de recursos organizativos. Ni siquiera se planteó un corporativismo que preservara las diferencias organizativas de clase, como en Italia, sino el sindicalismo vertical, que las anulaba.

Por tanto, señalar el carácter “revolucionario” del fascismo y poder decir, desde esa afirmación, que la gestión de una u otra autoridad política no es fascista por ponerse al servicio de la oligarquía local no me parece correcto. Debería partir del examen de las fuentes de alimentación, en militancia y en recursos, de lo que sí se considera “fascismo revolucionario”. No es algo baladí: en 1926, los dirigentes del Norte y Oeste del Partido Nacionalsocialista consideraron que el círculo de Hitler estaba entregado a los intereses de los grandes propietarios, empezando por los príncipes de sangre real, cuyas propiedades iban a ser enajenadas por el Estado, algo a lo que Hitler y el sector más moderado del NSDAP se opuso abiertamente. En 1930, fue un discurso de Hitler ante los sectores dirigentes de las finanzas y la industria alemana en Düsseldorf lo que llevó a la salida del partido de Otto Strasser y a la creación del KGRNS, luego convertido en Frente Negro. Por motivos de carácter social, precisamente, se constituyeron fracciones que acabaron fuera de la disciplina del nazismo, y que se reclamaron como auténticos nazis frente a la desviación hitleriana. Por tanto, en el seno de la trayectoria del fascismo, de todos los fascismos, hallamos acusaciones de falta de actitud “revolucionaria”. Pero lo que más importa es indicar hasta dónde llegaban las actitudes revolucionarias incluso en los sectores más radicales de los partidos fascistas europeos. Porque el programa de la “izquierda nazi” de 1925, analizada hace años por Reinhardt Kühn, ya señaló que se trataba de una mera propuesta obrerista, corporativista, pero más paternalista que izquierdista. Porque, además, las pretensiones “radicales” de los antiguos sindicalistas revolucionarios italianos como Rossoni o Pannunzio solo pueden considerarse de “izquierdas” dando a la palabra un uso menos que convencional. Y pueden ser atendidas como “sociales” siempre que consideremos que la atención a lo social forma parte de todas las posiciones fascistas. Incluso de la de un Franco que no deja de señalar, tras la segunda guerra mundial, que lo que distingue a su régimen de los que han vencido en el conflicto es la primacía de lo social frente a quienes señalan el primado de lo político, como habrán de hacerlo tantos teóricos del régimen, regocijados por el reconocimiento del fracaso del Estado liberal que reconocen en la inclusión de cláusulas sociales en las nuevas

constituciones europeas de posguerra –como será el caso, por ejemplo, de Carlos Ollero en sus trabajos de finales de los años cuarenta-.

Es cierto que la guerra civil puso en primer plano el conflicto de clases, porque se trataba de eso precisamente, de una guerra entre españoles, condición favorable para la construcción de un Nuevo Estado con total impunidad, pero que tenía como efecto indeseable la necesidad de ganarse socialmente a los vencidos, tras una guerra en la que la revolución social había sido identificada como el principal adversario. Pero hay que apresurarse a señalar que eso distingue al régimen de los otros fascismos de forma muy relativa, no sustancial como lo pretende el profesor del Arco. Basta con repasar la propaganda realizada por los que sí son fascistas españoles, los jonsistas o falangistas entre 1931 y 1936. Yo lo he hecho, por lo menos en lo que se refiere a las publicaciones de estas organizaciones, de forma minuciosa. Y dudo que la posición del partido fascista español pueda ser considerada como “social” en absoluta congruencia con esa dura condena del egoísmo de la derecha española que se convertirá en otro de los lugares comunes de la posguerra en el lenguaje falangista...y el del conjunto del régimen. Y puede indicarse hasta qué punto la preocupación por el avance de la revolución social es lo que determina el giro hacia el fascismo de los elementos fundacionales –léanse, por ejemplo, los artículos de Grandi en *L’azione* de Bolonia antes de la Gran Guerra, tras el triunfo de candidaturas socialistas en los ayuntamientos, y estamos hablando de un joven radical-, o incluso lo que explica su inmediato crecimiento: como ocurre con el escuadrismo como base de la expansión fascista de 1920 y 1921, o del nazismo como base de su crecimiento a partir del “error socialista” de 1925-1928. Desde luego, es lo que explica que acudan a Falange quienes han estado en organizaciones de la contrarrevolución como la JAP, y no creo que ese cambio de militancia se realice por una súbita radicalización de la JAP, sino por la congruencia entre el falangismo y las condiciones de inminencia de confrontación –de coincidencia entre revolución y guerra civil, para decirlo como lo hizo Ledesma Ramos- en la primavera de 1936.

Además, lo que corresponde es el análisis de las políticas sociales del fascismo en el poder, de los que pueden ser llamados fascistas porque, en este punto, se distinguen radicalmente de quienes son parientes muy lejanos, meros reaccionarios que ni siquiera han entendido la lógica de una revolución populista y nacionalista, decidida a exterminar las bases de resistencia del movimiento obrero. No serán los textos de Robert Ley los que pueden ayudarnos en este aspecto, aunque es imprescindible entender el esfuerzo de cohesión y de elogio del “honor del trabajo” que Lüdtke subrayó como un factor simbólico que se sumaba a la victoria en la lucha contra el desempleo, para constituir una mezcla explosiva en el éxito propagandístico de la *Volksgemeinschaft*. Nos ayudan los informes recogidos por Tim Mason en su exhaustivo análisis de la política social del Tercer Reich, su estudio magistral de la Ley Fundamental del Trabajo de 1934 y, naturalmente, los estudios sobre las condiciones de los trabajadores en Alemania, en especial los de carácter local, como los de Peukert referidos a la cuenca del Ruhr, o los más generales, como los de Kratzenberg, a analizar la evolución de la NSBO, los análisis de Winkler sobre el asociacionismo sindical *völkisch* y su paso al nacionalsocialismo o la estupenda labor de un colega próximo, Alejandro Andreassi, en lo que considero un libro magistral –a pesar de su no demasiada afortunada difusión- sobre la organización del trabajo en Italia y Alemania. ¿Nos dan estos trabajos la imagen de un régimen que tiene entre sus prioridades la mejora social de los trabajadores? ¿O deberemos definir de otro modo lo que es

“política social” del fascismo? Porque no tendría mucho sentido que el crecimiento del NSDAP se deba casi exclusivamente a la afluencia de sectores conservadores a sus filas desde 1929, con el grave bache citado de agosto-diciembre de 1933 si nos halláramos ante una “autonomía” política de la gestión fascista que debiera tomarse como apoyo a las demandas de los trabajadores.

Ni siquiera se tomaron en serio las propuestas realizadas en 1933 por las organizaciones del Partido Nazi, que fueron disciplinadas tras unos meses de algarabía tolerante, cuando llegó la declaración del “fin de la revolución” en el otoño del mismo año. Pero lo que nadie puede dejar de tener en cuenta es la importancia que esa política social, entendida como control de los trabajadores, victoria sobre el desempleo, e integración subjetiva de la clase obrera en la comunidad tuvo para el nazismo. Aunque lo que se ha demostrado es que esto se realizó siempre a cambio no solo de la pérdida de la independencia política, sino —y Tim Mason, una vez más, lo mostró con envidiable lucidez— mediante la culminación de un proceso de modernización industrial con la que el fascismo alemán era congruente. Algo que implicaba expulsar el conflicto social de las fábricas, individualizar las relaciones laborales, y establecer lazos de comunidad fuera de las condiciones que determinaban la eficacia del trabajo.

La dedicación del DAF a neutralizar el conflicto social solo puede entenderse de este modo, aunque de ninguna manera debe considerarse que su tarea fuera secundaria en su esfuerzo de dar una impresión de interés nacional común. Lo que importa es que los salarios de los trabajadores alemanes en 1938 eran inferiores a los de 1929, y que fue precisamente la presión que la falta de mano de obra podía provocar en su precio, la pérdida de divisas por un exceso de consumo de productos de importación y el peligro de un conflicto interno derivado de la demanda de mejores condiciones, favorecida por la ventaja de un desempleo inexistente, lo que forzó a Hitler a adelantar un conflicto bélico que pudiera desplazar las necesidades de acumulación de capital hacia otros espacios, sin crear un conflicto de clase evidente. Recordemos, por fin, que esa política “social” es inseparable de la que se realizará de forma creciente a partir de la guerra: la gestión de la colonización de tierras conquistadas y el desplazamiento de población “indeseable” hacia el exterior del Reich, aunque sin renunciar al beneficio de su trabajo personal, que permite atenuar el de los trabajadores arios. Eso explica que Mason pudiera irritarse de tal modo cuando algunos historiadores británicos consideraban posible referirse a políticas sociales avanzadas, sin tener en cuenta el proceso de expropiación, deportación y esclavitud que se produce en el mismo marco y en una dinámica creciente.

Una visión de conjunto, atendiendo a la fase de fascistización, de plenitud de proyecto y de desfascitización en todos los casos del fascismo europeo.

Importa, además, examinar las cosas en su necesaria evolución. El examen del fascismo en esa visión dinámica es indispensable en un régimen que va más allá de la época del fascismo propiamente dicha. Como he indicado antes, no creo que el fascismo perdiera congruencia con su tiempo por una derrota militar. Perdió su capacidad de integración en Europa, perdió su “actualidad”, porque la derrota de la nación devoró el prestigio de un régimen nacionalista que

se basaba precisamente en las expectativas imperialistas y en la unidad de la nación. Si la victoria fascista en 1939 proporcionó la vigencia y legitimidad del Nuevo Estado, la derrota del fascismo europeo provocó una reacción inversa. En 1943, rompiendo en Italia la unidad misma del fascismo. Entre 1942 y 1945, provocando una radicalización del régimen que puede ejemplificarse en la entrega del ministerio del interior a Himmler, la propuesta de la “guerra total” como consigna socialista nacional de Goebbels, la centralización de las tareas productivas en manos de Speer, o la aprobación de la Solución Final en enero de 1942. En 1945, causando en ambos casos la destrucción definitiva del fascismo como posibilidad política, en el sentido en que lo había sido en la Europa de entreguerras: es decir, siendo capaz de integrar los discursos de la contrarrevolución y de crear una sola cultura política al servicio de la identidad de las clases medias europeas radicalizadas y dinamizadas por un discurso de movilización armada.

A partir de 1945, no solo el desprestigio de la derrota había cancelado esta posibilidad. En los años de la guerra fría, el Estado no precisaba de la movilización de social de este carácter sino que la antigua clientela del fascismo podía pasar, tras haber sido homogeneizada en los años de crisis por este proyecto, a apoyar a partidos conservadores. Quienes permanecieron leales al recuerdo del Ventennio en Italia, como he apuntado antes, abandonaron muy pronto una legitimidad basada en la reivindicación del fascismo, para pasar a otra estrategia y, de hecho, a otra cultura política, en la que resulta interesante observar los elementos de ruptura y de continuidad, así como los factores de identificación con lo que hace el franquismo. El MSI se propuso ser mucho más que una agrupación de “reduci”, para convertirse en una fuerza que impulsara el encuentro del conjunto de la derecha italiana, haciendo frente a la versión política más leal al antifascismo: el PCI. De este modo, los misinos propusieron una política de “inserimento” hasta 1968 que, desde la muerte de Michelini y el acceso a la presidencia del partido de Almirante, se concretó en la “Destra Nazionale”: fusión con los monárquicos, mayoría silenciosa, defensa del orden público, pacto con liberales y democracia cristiana... Todo ello, beneficiado por una afluencia de votos que se produjo, no por casualidad, en las elecciones municipales de 1971 y en las generales de 1972. De hecho, desde 1951 el MSI gobernaba en coalición con sectores reaccionarios de la DC y con los monárquicos en seis capitales de provincia del sur de Italia. Es decir, que el fascismo italiano o desapareció como propuesta autónoma, o se encontró en ese espacio que es, precisamente, el del nacionalismo reaccionario, ese camino de ida y vuelta al que he hecho referencia al hablar de la Alemania Weimar. Algo parecido podría decirse de la peripecia de la extrema derecha alemana desde 1949, con la formación del DRP y del NPD, siempre inclinados a defender un programa de “derechas” (DRP) o “nacionaldemocrático” (NPD) en los años cincuenta y sesenta respectivamente. Y siempre logrando su apoyo social y electoral en las capas más conservadoras de la sociedad.

Estos ejemplos nos sirven para considerar las cosas en otro sentido, en el caso español, que es el de atender a la evolución del régimen considerando que el fascismo no llega a un punto fijo, a una meta en la que cumple un estado permanente. No firma su propio “final de la historia”. Y, desde luego, es capaz de volver a su espacio natural de la contrarrevolución o de la pura y simple reacción. En España, el régimen se desarrolló a partir de mediados de los años 40, en condiciones ambientales muy distintas a las de la guerra civil o la inmediata posguerra. Mantuvo instituciones fundacionales, corrigió otras y, sobre todo, fue capaz de mantener

niveles de cohesión de un sector social que le había dado apoyo, sin renunciar nunca a la legitimación del 18 de julio, como tuvieron que hacerlo sus camaradas europeos por motivos obvios. La evolución del fascismo español a una etapa de desfascistización, en la que el discurso fundamental es el de una defensa del Occidente cristiano, que trata de hacer del falangismo un regeneracionismo católico, social, patriótico e hispanista, se encuentra en ese punto, como lo demostrará la evolución de los intelectuales más feroces del fascismo de 1940, esos que por algún extraño motivo se llamaron “falangistas liberales”.

En todo caso, creo que debe considerarse esta evolución para evitar algo que forma parte de nuestro aprendizaje y que me parece equivocado: el carácter irrevocable del fascismo. Lo cual procede de la asignación al fascismo de un objetivo acabado en el momento de su fundación, que solo tiene que adaptarse a las condiciones concretas de cada momento. En la primera página de su libro de memorias, *Die Geschichte eines Höchverräter (La historia de un alto traidor)*, Ernst Röhm indicaba “soy un militar. Siempre he contemplado todos los aspectos de la vida desde este punto de vista.” Sin duda, Röhm era un fascista. Pero no empezaba sus memorias diciendo que lo era, sino refiriéndose a algo que, de haberse escrito por un dirigente del franquismo quizás habría llevado a considerar que estamos ante un régimen dictatorial controlado por el ejército. Röhm nunca dejó de ser un militar profesional, de origen monárquico, como monárquicos eran los orígenes de Himmler, cuyo nombre se le puso en honor al heredero de la corona de Baviera. Podemos encontrar multitud de testimonios, y es seguro que la historiografía alemana ha podido encontrar, en las trayectorias de los futuros dirigentes del Tercer Reich, cosas parecidas –sin ir más lejos, un Heydrich que no entró en el partido hasta 1931, procediendo de posiciones de un desdeñoso apoliticismo aristocrático-. Y si descendemos de la primera línea a las autoridades centrales menos conocidas, o a los dirigentes sectoriales o locales, la diversidad de motivaciones para hacerse del mismo movimiento puede resultar desconcertante, a no ser que entendamos que lo que tenemos que comprender es esa cualidad integradora como aquello que realmente define al fascismo en su época. Una cualidad que no volvió a tener ninguna organización fascista europea desde 1945 y que, por tanto, ha sido espacio de mucho menos interés historiográfico, abandonándose al estudio de especialistas en movimientos de extrema derecha de más o menos –pero siempre marginal- envergadura. Lo que interesa es, insisto en ello, la capacidad de representación que el fascismo no solo tiene como técnica, sino como sustancia. No se trata de que el partido fascista se convierta en un instrumento útil en un momento dado, sino de que el fascismo como doctrina y como movimiento plenamente realizado consiste en esa capacidad de agregar elementos y darles una impresión de ser una sola cosa, una síntesis sin contradicciones, un espacio diverso, tranquilizadamente heterogéneo, pero no menos tranquilizadamente capaz de crear la unidad nacional. Estas historias personales resultan de gran utilidad para entender por qué se tomó la opción por el fascismo y, sobre todo, cuándo se hizo. Y nuestro trabajo debería ir en busca de la realidad local de otras experiencias fascistas para considerar la diversidad del personal que se hizo cargo, por ejemplo, de la gestión de la “uniformización” alemana de 1933, o de la representación corporativa o de los municipios en los años posteriores.

La cuestión del totalitarismo.

Al impropio prestigio “modernista” y “revolucionario” del fascismo –que, en todo caso, tienen que contrastarse con lo que es, más bien, la modernización de la contrarrevolución, su adaptación a las condiciones no sólo estratégicas o combativas, sino también doctrinales-, deben añadirse las consideraciones sobre la relación entre Partido, Estado y Caudillo en el caso español, por lo menos como factores que llevan a hacer del franquismo un caso de “nacionalismo reaccionario”. Creo que, a estas alturas, la función y, sobre todo, la *evolución* de cada uno de los partidos fascistas, antes y después de llegar al poder, ha quedado ya clara. Nadie, entre nosotros, pretende referirse a una organización homogénea, ni en las motivaciones de su militancia de base –imaginemos las diferencias que puede haber entre un campesino de Schleswig-Holstein que entra en el NSDAP en 1930 y un oficinista de Munich que es miembro del partido desde 1925, o un trabajador industrial de Berlín que no ingresará en sus filas hasta 1932-. Debemos suponer, al crearse el mayor porcentaje de la militancia nacionalsocialista en cada sector y localidad sobre personas que ingresan en el partido tras el inicio de la gran crisis nacional de 1932, que la pluralidad de motivaciones para entrar en el partido llevan a la modificación del partido mismo, sin que ello suponga su pérdida de carácter fascista, sino, según lo he reiterado ya, su verdadera afirmación histórica, fuera de la “pureza” fundacional que, además, ni siquiera existió tal y como podría exagerarse.

Podemos también descartar un peso del partido que define el Estado totalitario –una categoría que me parece más cegadora que iluminadora- en función de ser origen o instrumento del poder. Porque, en los casos italiano y alemán, no parece que el Partido sea el que realmente tiene la última palabra: como ya se ha visto, en un asunto tan importante como las relaciones laborales, en las que el partido podía haber hecho valer su propio nombre y el rasgo con que al principio trató de distinguirse en el campo *völkisch*; o se ha examinado, en un caso que conozco de forma mucho más deficiente, cuál fue la imposición de la autoridad del Estado y sus instrumentos a los del Partido, aunque la construcción del Gran Consejo Fascista trató, precisamente, de superar una contradicción esencial del régimen, no tanto en lo que hacía referencia al Partido como en lo que se refería a la insólita figura de un régimen de “primer ministro”. El debate entre los juristas del fascismo italiano ha sido recogido extensamente por Perfetti, y allí aparece con claridad de diversidad de opiniones, a la que debe sumarse la realidad de una posición real, que fue evolucionando con el tiempo y las necesidades del Duce, lo que explicaría los cambios en la secretaría general. Creo que la subordinación de todos a Franco y el extraordinario poder del Caudillo debe asumirse como algo que, lejos de instalar el régimen en el mero “nacionalismo reaccionario” lo desmiente, pues no hablamos del gobierno de un general controlado por sectores tradicionales, sino, por el contrario, del Jefe que es llamado al poder por la nación en armas. Así fue planteado desde muy pronto, cuando el ritual religioso de la proclamación del Caudillo en Burgos fue acompañado de un discurso del secretario general que ponía en manos de Franco un poder que era, al tiempo, excepcional, revolucionario y tradicional.

La encarnación por Franco de la causa de la Cruzada poco tiene que envidiar a la encarnación de la revolución nacional alemana por Hitler. Y, en ambos casos, el peso de un nacionalismo comunitarista tiene mucho más peso que el nacionalismo estatalista que los defensores del modelo italiano en España elogiarán con más fuerza. Aunque, para la formación

del partido único, los llamamientos del discurso falangista fundacional, pertrechados de las “entidades naturales” como forma de organización y representación de la sociedad, así como las referencias cristianas a la calidad del individuo como “portador de valores eternos”, tuvieron un inestimable valor. No entraré aquí en la polémica sobre lo que podía ser, para definir las intenciones fascistas o no de la militancia de FET tras la guerra civil –y menos cuando no sé si se habla de 1939 o de 1951-, de lo que significa exactamente aspirar a una formación del Estado totalitario. Deberíamos desmentir a los propios secretarios generales del Partido desde fecha muy temprana...Pero también a José Antonio, como bien se encargaron de hacerlo Arrese, García Valdecasas o Fernández-Cuesta a comienzos de los cuarenta. Y deberíamos seguir el hilo conductor de lo que se entiende por “Estado totalitario” en el seno mismo del pensamiento fascista italiano o alemán, y también en el nada desdeñable debate que se produjo en el seno del nacionalsindicalismo de fines de la guerra, cuando Legaz Lacambra realizó algunas apreciaciones fundamentales sobre el “el humanismo totalitario” del fascismo español –aunque él no se refiriera a la mecánica del poder, sino a los aspectos ideológicos y al concepto de representación de la comunidad-. Importa destacar cómo el asunto se solventó mucho antes de la crisis de las potencias del Eje, al escribir diversos juristas y politólogos españoles reflexiones acerca del sentido revolucionario del 18 de julio.

Lo que me interesa señalar aquí, una vez he escrito ya en otro lugar la evolución del debate sobre esta cuestión, es la inteligencia con la que Francisco Javier Conde ofrece una solución al régimen. En el aspecto doctrinal, pero que habrá de servir para que Arrese la convierta, luego, en una reflexión organizativa, como he tratado de señalar en el mismo *Evangelio fascista*. En junio de 1942, Francisco Javier Conde publicó en *Escorial* un avance de su libro *Introducción al Derecho Político actual* (ediciones Escorial, 1942). En él, se subrayaba que el despliegue de la revolución española de 1936 iba a permitir superar lo que en lenguaje joseantoniano puro, era una situación transitoria como el totalitarismo –recordemos que así lo había definido Primo de Rivera en su debate con Gi Robles en las Cortes republicanas-. Tras las deficiencias manifiestas de estos regímenes –jen 1942!- España debía buscar en su propia tradición, en su propia esencia rescatada por la restauración de “lo político” y “lo nacional” en 1936, la vinculación entre el camino especial seguido por la teoría del Estado española del siglo XVI y que separó los destinos de la monarquía española de las formas adoptadas en Occidente tras la Reforma. Importa tanto el tema, que conviene decirlo con sus propias palabras: “El español cuenta hoy entre sus posibilidades con una que hace largos siglos ha perdido el europeo: la de ser movilizad desde la raíz por lo religioso. Cuenta asimismo con un repertorio singular de sus posibilidades como consecuencia de las declaraciones que le desviaron del mundo moderno. ¿Por ventura tendrá entre ellas la posibilidad de un nuevo modo de comunidad política? ¿No estará España llamada a pronunciar la primera voz ordenadora del tiempo futuro? (...) El juicio certero de José Antonio vislumbró agudamente el carácter antitético, como de réplica transitoria, que acaso tiene el Estado totalitario como forma de vida organizada.”

España podía salir, en la autorizada voz de uno de los pensadores clave del régimen, de los dilemas provocados por algo que nadie ponía en cuestión, ni en 1942 ni treinta años más tarde en España: la crisis definitiva del Estado liberal, como forma en que culminaba la evolución política moderna, neutralizadora de la subjetividad ética del Estado, castradora de su capacidad de intervención, causa de su inmoral indiferencia ante temas ideológicos que no

podían dejarse a la mera decisión de las mayorías o a meros criterios de proyectos constitucionales discutibles. En esa Verdad que el 18 de julio venía a reconstruir no se encontraba la rectificación del falangismo por la guerra, sino el cumplimiento de lo dicho en el acto fundacional del teatro de La Comedia, cuando José Antonio empezó su discurso, precisamente, mediante el examen y condena del pensamiento liberal y lo siguió con la justa indignación del socialismo, superados ambos por las tareas de un Estado que recuperara el sentido tradicional de la política y la representación de las entidades naturales de una comunidad orgánica jerarquizada.

Si la relativización del totalitarismo es importante para nuestros argumentos, entonces debemos considerar que eso no ocurre con Falange a partir de la guerra, sino que es parte de lo que acaece en el proceso de fascistización española, que no es idéntico al que se da en Alemania. Por ejemplo, no lo es en la fuerza que el catolicismo supone para definir el nacionalsindicalismo –tanto en su etapa jonsista como después de la formación del primer partido unificado, en 1934-. No es el proceso de fascistización, que se produce en Italia con una mayor brevedad en la fase previa a la ocupación del gobierno. No lo es en un fascismo dividido, que nunca se constituirá en partido único en Francia, y que tiene en la mezcla de nacionalismo de matriz barresiana y el de raíz maurrasiana un difícil equilibrio que padecen, en especial, los que viniendo del segundo se sienten fascinados por la fuerza del primero, encarnado finalmente por Alemania, como sucede con Brasillach, antes de su rápida reconversión en las últimas semanas de la guerra. Pero lo es en esa misma diversidad de situaciones que obedecen a una *estrategia*, destinada a conseguir tanto la integración de todas las fuerzas contrarrevolucionarias como la hegemonía en el movimiento político resultante, tras una etapa de dura competencia y no siempre fácil colaboración. Las diferencias entre Ledesma y Primo de Rivera en su apreciación del papel relativo de Gil Robles y Calvo Sotelo es una buena muestra de ello, no siempre resaltada como se merece. En especial, cuando tanto se asemeja a las discrepancias entre Strasser –partidario de una alianza con los católicos- y Hitler a finales de 1932, lo que llevó a la dimisión de Strasser. Pero que podía haber llevado a la derrota definitiva de Hitler y a la formación de un poderoso sector estrasserista, que llegara al gobierno de concentración nacional liderado por Schleicher. Que ello no ocurriera no dependió de la “naturaleza” del fascismo genérico, sino de las circunstancias y la habilidad política, así como de la decisiva intervención de la extrema derecha alemana liderada por von Papen y Hugenberg...a favor del más radical de los sectores en conflicto en el seno del NSDAP.

Tal circunstancia nos indica, claro está, el valor de la contingencia y, al otro lado, la mitificación por los regímenes fascistas de sus momentos fundacionales, de su rectitud inalterable, de su carácter religioso. Recordemos la irritación con la que Strasser, en su carta de dimisión a Hitler, le indicaba precisamente que él no creía que el nacionalsocialismo fuera un movimiento religioso, sino un partido político, lo que obligaba a mantener una razonable política de alianzas que se apartara de la confianza en el caos como solución para una captura total del poder. Y pocos podemos dudar de que Gregor Strasser era un fascista convencido, que quizás inspira especial interés por mostrar como pocos las contradicciones del fascismo en su conjunto. En esa reflexión debe encontrarse lo que nos lleva a una cuestión final, crucial, en nuestro debate. Y es que la discusión sobre la naturaleza de FET-JONS a partir de la guerra civil puede llegar a contaminar, como desearon hacerlo los propios dirigentes de la Vieja Guardia, lo que el partido había sido en su etapa republicana.

¿Fue fascista Falange Española de las JONS?

La desfascistización retroactiva del movimiento joseantoniano a partir de mediados de los años cuarenta puede conducir a que la historiografía resuelva las incomodidades en que nos encontramos buscando una ley del mínimo esfuerzo intelectual, pero también la que permite taxonomías más fáciles –entre otras cosas, porque acaba por renunciar a todo intento de relacionar los conceptos y los hechos-: *indicar que Falange nunca fue fascista en sentido estricto*. Que fue, según indicó Pradera en su comentario al discurso fundacional, una fuerza que copiaba la doctrina del carlismo, o como dijo Ledesma Ramos, un espacio fascistizado que empezaba a variar a finales de 1935. Esa labor no solo fue realizada por el falangismo de posguerra, sino que ha empezado a ser considerada por algunos sectores, aún marginales, de nuestra historiografía. Pero es un tema palpitante, que no podemos ignorar, porque adoptada una posición de intransigencia conceptual –no solo sobre la doctrina, sino sobre los movimientos fascistas-, llegamos al marco propio del debate francés, en el que el fascismo deja de existir y pasa a considerarse como una sección marginal de la crisis política de los años treinta, reduciendo el fascismo a una serie de movimientos que, con mayor o menor importancia, nunca toman el poder. Fascista es Valois, pero no La Rocque. Fascista es el PPF, pero no los “camisas verdes” campesinas. Fascista es Bucard, pero no Bergery. Fascista es Brasillach, pero no Thierry Maulnier. Y no hay problema alguno en discutir cada uno de los casos: el problema está en considerar la existencia o no del fascismo como elemento fundamental en la crisis francesa de los años treinta y cuarenta. Señalar que la línea que corta la “extrema derecha” del fascismo con tanta precisión no es de utilidad, si de lo que se trata es de señalar –más allá de la ridícula afirmación de una “alergia” al fascismo de la sociedad francesa- que el fascismo no es un elemento decisivo en la confrontación de aquel periodo, en la definición de campos de fuerza.

Puede ser peor en España, donde a un carácter minoritario que se confunde con la insignificancia del partido, puede llegar a sumarse la caracterización de FE de las JONS como una fuerza en la que había fascistas, pero que no era fascista. Ya he indicado que la confusión más grave que se realiza en los medios historiográficos europeos es creer que Falange es esa pequeña formación que queda fuera del parlamento en febrero de 1936, habiendo tenido resultados ridículos. Como si los únicos simpatizantes activos de FE de las JONS fueran los que la votan; como si, muy poco tiempo después, ese partido no se viera invadido por nueva militancia; como si el propio Gil Robles o el propio Calvo Sotelo no llegaran a advertir al gobierno que el fascismo superaba en mucho lo que era la militancia estricta de Falange en España; como si la posición del fascismo pudiera reducirse a la obediencia falangista y no estuviera depositada en otros lugares también. Pero es que esa insignificancia electoral pasa a convertirse en marginalidad política, en insustancialidad doctrinal, en mero recurso oportunista en momentos de radicalización, sin responder a la cuestión fundamental: ¿por qué precisamente los puntos programáticos de FE de las JONS en 1937? ¿Por qué precisamente el nombre del partido fascista republicano, cuando podía haberse optado por otra cosa? ¿Cuál era la visión mítica, emocional y también política que del fascismo como realidad europea y española tenían todos aquellos que se suman a las milicias, primero, y a FET y de las JONS a partir de 1937? Y tengamos en cuenta el uso de la palabra “fascista” en toda su evolución. Por ejemplo, la forma en que es considerada por quienes, desde las JONS, lo ven como la “derecha reaccionaria” más radical. Para los “nacional-sindicalistas”, en efecto, los falangistas son

“fascistas” en un sentido: son simples milicianos del orden público, reeditores de una UP caducada, imitadores de un movimiento extranjero. Las JONS evitan cuidadosamente denominarse fascistas, aunque aclaman el fascismo —el italiano- y el nacionalsocialismo —el alemán- como ejemplos de una juventud a la que debe emularse, al mismo tiempo que se exalta, por cierto, el estalinismo o el comunismo “nacional” de Maurín, o el “sindicalismo nacional” de la CNT en momentos muy iniciales de la algarabía ideológica de *La conquista del Estado*, antes del corte de comienzos de 1933. Y reprueban el uso de la palabra “fascismo” por los creadores de Falange, del mismo modo incluso tras haber participado en una experiencia editorial como la de *El Fascio*. Será más tarde cuando el semanario JONS use con frecuencia materiales traducidos del italiano, o será aún más adelante cuando Ramiro Ledesma pase a definir el fascismo, aunque considerando que el nacionalsindicalismo se encuentra en otro lugar distinto: en las camisas rojas de Garibaldi, más que en las negras de Mussolini, mientras señala que, entre las fuerzas “fascistizadas”, se encuentra Falange.

No interesa, más que para ver hasta qué punto resulta arriesgado sumergirse en este asunto con una actitud nominalista, en la que vamos a la caza de “cada una” de las experiencias personales, de pequeños grupos, de condiciones locales, y hasta qué punto la determinación semántica de un concepto puede tener tal flexibilidad en su relación con la urgencia de dotarse de un perfil ideológico en público. Lo mismo podemos encontrar en otros lugares: Hitler fue acusado de fascista por los grupos *völkisch* del norte en 1924 dirigidos por Ludolf Haase y Adalbert Volk, partidarios de un sistema asambleario que correspondiera a la tradición germana pura; o lo fue por quienes, de la mano de Drexler, abandonaron el partido en 1923, para construir una organización que no tuvo éxito, pero que podía haberla tenido; o lo fue por los escisionistas de 1930, o por los sindicalistas de la NSBO, que acusaban a la dirección del partido de buscar objetivos similares a los del corporativismo italiano. Podríamos hallar un cruce de acusaciones similares en otros puntos, en especial cuando la palabra “fascismo” se entiende como una apropiación de una experiencia limitada a Italia —situación en la que, por otro lado, ha caído ya una parte no desdeñable de la historiografía-: se hace con Valois, cuando éste crea Le Faisceau; se hace con Mosley, cuando crea la BUF.

Lo que me preocupa es que se me ocurre un listado de argumentos para hacer salir a la propia Falange republicana del escenario del “fascismo genérico”. Podría señalar que el catolicismo esencial de Falange, que el profesor Francisco Morente ha mostrado en el análisis de la obra del editorialista de *FE y Arriba*, y que yo he llevado al periodo de la guerra civil y la posguerra, pero también a las actitudes de otros sectores del partido durante la República, excluyen ese carácter; que el nacionalismo clasicista de José Antonio, que llega a renunciar al uso de una palabra que él quiere colocar exclusivamente en el repertorio liberal, se desvía del abierto nacionalismo de otras raíces, como el de Ramiro Ledesma; que la relación entre populismo y elitismo, tal y como la manifiesta el máximo líder del movimiento en sus discursos acerca de “la barbarie” podría indicarnos la voz de un reaccionario, no la de un revolucionario fascista; que las alusiones al cristianismo para criticar a un Estado todopoderoso y la misma concepción de España como unidad de destino que recupera una cultura imperial contrarreformista tienen más que ver con el tradicionalismo actualizado que con una ruptura fascista; podría hablar de una diversidad del movimiento que lleva a crisis internas muy potentes para su escasa implantación: la del verano de 1934 o la de comienzos de 1935, una diversidad que se considera heterogeneidad entre quienes son verdaderamente fascistas y

quienes son reaccionarios infiltrados, en un caso –el de los hermanos Ansaldo- o que es analizada como el abandono de quienes buscan un partido fascista operativo, no la parálisis permanente del movimiento a manos de un líder que no aprovecha coyunturas como la de octubre de 1934- como Ledesma-; podría indicar una promiscuidad que explica, en última instancia, la facilidad con la que se pasa de la derecha populista al fascismo desde la primavera de 1936, y que ha sido precedida por llamamientos desesperados de Falange a la integración de sus candidatos en las listas capitaneadas por la CEDA –y por llamamientos curiosos a que Gil Robles se haga cargo de su responsabilidad antirrepublicana y contrarrevolucionaria. Pero es que podría encontrar un número similar de motivos para apartar a cada una de los fascismos europeos de una sola experiencia fascista, que ya he dicho que no es el “fascismo genérico”, sino el sentimiento y la realidad de formar parte de una misma operación contrarrevolucionaria, congruente con su tiempo y caducada tras 1945. Ni el nacionalsindicalismo republicano es “puramente fascista” –porque eso, sencillamente, no existe o no tiene ninguna validez para comprender lo que ocurre en la realidad- ni lo es el nacionalsocialismo alemán. Ambos pueden ser destituidos, degradados de su condición, expulsados del ámbito del fascismo, incluso antes de su presunta contaminación como resultado de su masificación reaccionaria, en un caso, o de su radicalización exterminacionista, en el segundo.

Ni una cosa ni otra tienen que suceder. O debemos hacer lo posible para que sucedan, en todo caso, porque nuestra labor es mantener viva no solo la creencia, sino la conciencia intelectual y la reflexión documentada de que existió el fascismo y de que existió la época del fascismo. Creo que nuestras discrepancias, aun cuando es difícil que puedan solventarse, sí pueden clarificarse, obligándonos a todos a alguna matización. Por eso hemos creado un espacio que desea ser de debate, y en el que se empieza por reconocer al interlocutor. No de un modo privilegiado con respecto a otros, pero por lo menos al mismo nivel que el resto de profesionales que trabajan en España sobre fascismo. Lo que más me gustó de nuestro primer encuentro fue, y así lo dije, lo mucho que podíamos aprender unos de otros. Esto exige que reconozcamos que hay un punto de desacuerdo en el que no hemos logrado convencernos, pero sí interesarnos, tenernos en cuenta, obligarnos a mejorar nuestro trabajo. No he entendido de otra forma nuestra convivencia en este grupo, desde luego. Y estas notas no tratan de aleccionar, sino de ser producto de una reflexión que, precisamente, ha sido estimulada por la necesidad de responder a las objeciones que Miguel Angel hace a lo que algunos queremos caracterizar como fascismo español. Su conocimiento de las dinámicas locales, del que carezco, es un factor que me obliga a reflexionar, como espero que podamos hacerlo todos a base de utilizar lo que otros hemos ido trabajando.

Ferran Gallego.

Sant Just Desvern, 28 de junio- 3 de julio de 2014